

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

LA MALDICION DE KALEENX

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

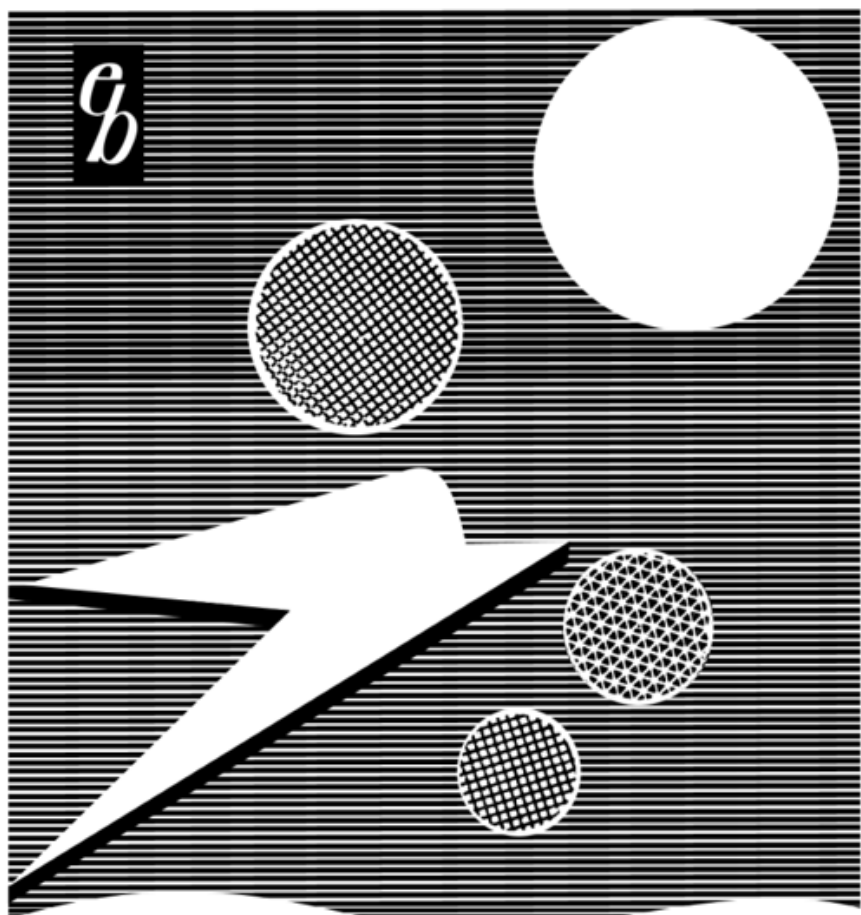
LA MALDICION DE KALEENX

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Después del fin*, Burton Hare
2. — *Yo vendí el planeta*, Curtís Garland
3. — *Tildrich, Base Uno*, Kelltom McIntire
4. — *Circo galáctico*, Glenn Parrish
5. — *Ondas cerebrales*, Marcus Sidéreo

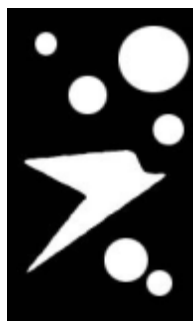
KELLTOM McINTIRE

LA MALDICION DE KALEENX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. 272

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 32.881 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1975

© Kelltom McIntire - 1975

Texto

© Miguel García - 1975

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona (España)

Todos los personajes
y entidades privadas
que aparecen en
esta novela, así
como las situaciones
de la misma, son
fruto
exclusivamente de
la imaginación del
autor, por lo que
cualquier semejanza
con personajes,
entidades o hechos
pasados o actuales,
será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1975

CAPITULO PRIMERO

Lylah Harrison dejó escapar un alarido impresionante cuando el tremendo impacto hizo oscilar con tremenda violencia la cabina de navegación del «Transpace-15».

— ¡Dios mío, Dios mío! —gimió la mujer, despavorida, cubriéndose la cabeza con las manos, e inclinada sobre el panel de control de telecomunicaciones.

Comenzó a rezar fervorosamente, mientras la astronave vibraba y se estremecía en toda su estructura.

Marley, el copiloto, había cerrado los ojos, espantado.

— ¡Barrow! —gritó Barry Brown a su ingeniero de averías— ¡No te quedes ahí! ¡Ve a comprobar qué ha ocurrido con ese impacto!

Louis Barrow abandonó la cabina de navegación, tambaleante.

Y Lylah Harrison, alterada, tomó a implorar la ayuda divina.

Pero el capitán Brown se volvió hacia ella y la miró con burla.

— ¡Dios! —gritó, con desprecio—. ¿Crees que tu Dios podrá libramos ahora del peligro?

Rió a carcajadas, de forma incontenible, mientras en la cabina

de navegación algunos objetos chocaban violentamente contra los paneles laterales y Albert Marley, el copiloto, gemía, asustado.

— ¡Eres un impío, Barry! —gritó, desde atrás Gus Thomas, un ingeniero muy experto en operaciones de emergencia—. ¿Crees que es éste el momento apropiado para blasfemar?

Barry Brown permanecía atento a la enorme pantalla de radar, cuyas manos gobernaba Sharon Ganing, una bella pelirroja.

En la pantalla fosforescente, la astronave estaba representada por un puntito brillante en forma de huso. Centenares de puntitos brillantes cruzaban a gran velocidad, casi rozando la astronave: cada uno de aquellos puntitos representaba un peligro potencial para los tripulantes de la enorme «Trañspace-15», que gobernada Barry Brown, porque se trataba de una verdadera lluvia de meteoritos de varias toneladas de peso cada uno.

Guiándose únicamente por la pantalla de radar y con todos los sentidos alerta, Brown estaba empeñado en un solo objetivo: evitar que uno de aquellos pedruscos a la deriva destrozase la astronave.

Uno de pequeño tamaño había colisionado las planchas del vehículo, provocando una pequeña catástrofe a bordo.

La astronave se había bamboleado peligrosamente y Brown había salido despedido de su puesto de mando. Durante unos segundos, la «Transpace-15» había surcado sin gobierno aquel mortífero mar de meteoritos.

Pero Louis Barrow, el ingeniero mecánico, había realizado una comprobación de los daños causados en la estructura del vehículo espacial y pudo informar, aliviado:

—Afortunadamente, la estructura ha resistido bien. Será fácil realizar una reparación cuando lleguemos a Boor.

Pero toda la tripulación permanecía en un estado de tensión límite. Algunos de ellos, como el mismo Barrow y la bella Sharon Ganing, rezaban entre dientes.

Pero Barry era pesimista respecto a la ayuda celestial.

Y lo dijo sin ambages:

—La única ayuda posible sólo la recibiremos de nosotros mismos

y de la rapidez de nuestros reflejos... ¡Dios...!

Lylah Harrison, la bonita operadora de comunicaciones de raza negra, le miraba con los ojos desorbitados.

— ¡Eres un blasfemo, Barry! Estamos a las puertas de la muerte y te permites dudar de la existencia de Dios —exclamó, acusadora.

—Dios no existe, en efecto. No creo en Dios, no creo en ningún Dios. Sólo creo en mí mismo —confesó Brown, con las facciones crispadas.

La astronave trepidaba de forma alarmante. Era evidente que el vertiginoso paso de centenares de meteoritos a sus costados alteraba el equilibrio del colosal vehículo espacial.

Todos los tripulantes permanecían encogidos sobre sí mismos, despavoridos, como condenados a muerte que tratasen de adivinar el momento exacto de su ejecución, no anunciada.

Barry Brown, sin embargo, no sentía miedo, sino una extraña y ardiente excitación.

Sabía que se estaba jugando la vida en el intento de eludir a los ciclópeos pedruscos que cruzaban a su alrededor a velocidad de vértigo.

Y, cosa extraña, aquella sensación de intenso peligro le producía placer.

En la cabina de navegación se había hecho un silencio absoluto, opresivo.

Luego, de repente, el «Transpace-15» dejó de trepidar.

Lylah lanzó un grito de júbilo al comprobar que la pantalla del radar estaba limpia: sólo brillaba en el plano fosforescente la pequeña mancha que representaba el vehículo espacial.

Finalmente, Gus Thomas dejó escapar una carcajada nerviosa y gritó:

— ¡Pasó el peligro! Dios es testigo de que temí... —pero se interrumpió al comprobar que Barry Brown se había vuelto hacia él y le contemplaba con la burla reflejada en sus ojos azules.

Sin embargo, todos se sentían ahora relajados, contentos^ casi

felices.

Y Barrow se acercó al puesto del piloto y confesó:

—Creo que te debemos la vida, Barry. Sólo un hombre con tu sanare fría y tus nervios de acero hubiera sido capaz de cruzar ese océano letal de meteoritos sin sufrir apenas un rasguño.

Brown apoyó una mano en el hombro del ingeniero mecánico, pero no hizo ningún comentario.

Un momento después, Barry encargaba a su copiloto, Marley, que se encargase del gobierno de la nave y abandonaba la cabina de navegación, seguido de Barrow.

— ¡Es insufrible! —exclamó Lylah, en cuanto el capitán-piloto desapareció.

— ¡Y tú eres injusta! —saltó rápida Sharon Ganing. Pareció considerar lo que acaba de decir y rectificó—: Bueno, creo que todos hemos sido injustos con Barry. Ninguno de nosotros tiene derecho a imponer sus creencias a otro. Barry está amargado. Y todos conocemos el motivo.

Lylah inclinó la cabeza.

En su fuero interno, conocía y justificaba el pesimismo y la frialdad con que Barry Brown rodeaba todos sus actos.

Un año atrás, Barry había visto morir, impotente, a su esposa y a sus dos hijos de corta edad.

Debió ser algo horrible. El suceso tuvo lugar en la Base experimental de Dione (1). Los hijos de Brown y su esposa, Sally, habían contraído una rara enfermedad producida por ambas y finalmente Sally enfermó también.

La tragedia residía en que en la Base no había médico y las medicinas se habían terminado. La astronave que viajaba regularmente a Dione para avituallar la Base se extravió en el camino y jamás llegó a Dione.

Barry Brown había afrontado una experiencia terrible: ver morir a los suyos, uno detrás de otro, impotente para aliviar sus dolores o para prolongar su vida.

Tras el luctuoso incidente, Barry solicitó ser destinado a otro servicio. Y escogió el más peligroso: los transportes de uranio desde el lejano asteroide Boor, en el confín de la Vía Láctea.

En realidad, las siete personas que componían la tripulación del «Transpace-15» tenían pocos motivos para continuar viviendo.

Marley era un desesperado. ¿Cuál era su culpa? Había nacido siendo homosexual.

Gus Thomas había asesinado a la mujer con la que iba a casarse. No importaba que ella le hubiese engañado, destrozado sus ilusiones y el amor que el ingeniero sentía por ella. Thomas, entre ser condenado a trabajos forzados de por vida a formar parte de los peligrosos transportes de plutonio desde Boor a la Tierra, escogió lo último.

En cuanto a Sharon Ganing, se encontraba a bordo del «Transpace» en un desesperado intento de vencer su vicio: era drogadicta. En la astronave no existían drogas y debía pasar sin ellas. Pero a veces, sus manos temblaban y todo su cuerpo se estremecía en violentos espasmos, porque su organismo estaba sediento de la droga.

¿Y Louis Barrow, que siempre se mostraba atento, amable y cordial con todos?

Algún tiempo atrás, Barrow había dirigido la factoría de fabricación de vehículos espaciales «Wing-Space». Era por entonces un hombre prestigioso, un gran técnico, admirado entre los profesionales.

Pero Barrow poseía una gran inclinación a las bebidas alcohólicas y le apasionaban los juegos de azar.

Poco a poco, Barrow comenzó su «cuesta abajo». Descuidó la supervisión de los trabajos en la factoría y se inhibía de cualquier responsabilidad. Finalmente llegó la catástrofe: había firmado y autorizado a ciegas la fase de experimentación de un nuevo vehículo espacial.

La nave despegó, se elevó y... se desintegró en el aire. Fue una terrible catástrofe: nueve tripulantes perecieron y la empresa perdió miles de millones de dólares.

Arruinado y dominado por los remordimientos, Barrow consiguió ser destinado a la peligrosa Ruta del Uranio...

El sexto tripulante del «Transpace-15» era el doctor Lyon McLinn, psiquiatra, especialista en enfermedades mentales del espacio.

McLinn había experimentado un aparato de su invención con tres dementes. Y aquellas tres personas murieron. También McLinn escogió la Ruta del Uranio, con el fin de evitar la prisión.

Por último, estaba Lylah Harrison, 1a. bella mujer de color, operadora de telecomunicaciones a bordo de la colosal astronave de transporte «Transpace-15».

No, Lylah no era drogadicta, no había matado, no era responsable de ningún desastre.

Estaba a bordo porque... amaba a Barry Brown.

Pero su amor era un sentimiento inútil, baldío, que no recogería frutos. Porque Brown era un segregacionista convencido, un racista.

Jamás aceptaría a Lylah, porque ella era negra. Muy bella, atractiva, preciosa y adorada por muchos hombres blancos, pero **NEGRA**.

En alguna ocasión, Lylah había recibido de Barry una palabra amable. Y ello, tontamente, le había dado motivos para concebir esperanzas.

Lylah, pobre Lylah, se conformaba con viajar en el «Transpace-15» junto a Barry Brown, aunque ello supusiera un riesgo de muerte muy cierto, como acababa de demostrarse unos minutos antes.

Pensando en todo, Lylah esbozó una sonrisa amarga.

Pero desechó sus pensamientos. El «Transpace-15» atravesaba una peligrosa zona del espacio, dominada por lluvias de aerolitos, campos magnéticos pavorosos y núcleos convulsivos.

Era preciso mantener todos los sentidos alerta. Porque, a pesar de su latente desilusión, Lylah deseaba seguir viviendo.

Seguiría aferrada a su loca esperanza.

CAPITULO II

Barry Brown yacía en su cabina, con los ojos cerrados.

Realizaba un esfuerzo de concentración para relajar sus nervios, puestos a prueba al atravesar la zona de fulminantes aerolitos.

«Ellos imaginan que soy un hombre de acero, incommovible e indiferente a cualquier emoción —reflexionó—. Y no es malo que lo sigan entendiendo así. Ello les dará confianza.»

Pero Barry se sentía extenuado, al borde de su resistencia física.

Aquel cansancio no se debía solamente a su responsabilidad, y a su labor como capitán-piloto del «Transpace-15», sino a sus constantes pesadillas que alteraban su sueño y le obsesionaban con cruel insistencia.

Apenas el sueño acudía a él, horribles delirios le asaltaban. Y siempre veía las mismas escenas: Sally, devorada por la fiebre, acurrucando a Jimmy y a Lucy, abrasados, debilitados, con su piel cubierta de tremendas costras purulentas.

Sally y los niños sufrían horribles dolores y sus cuerpos tenían el aspecto de simples esqueletos.

También él había adelgazado mucho. Sus noventa kilos de peso se habían ido reduciendo a setenta, a sesenta, hasta llegar a pesar poco más de cincuenta.

Barry, en su amargo ensueño, se veía a sí mismo, en la cabina de

telecomunicaciones de la Base experimental de Dione, llamando obsesivamente a la Tierra, implorando la ayuda del planeta con lágrimas de desesperación en los ojos.

Aquel recuerdo le había traumatizado de forma indeleble. Y, sin embargo, Barry no era responsable en absoluto del dramático fin de su familia.

Su único pesar residía en la circunstancia de no haber muerto, víctima de la misma enfermedad que matara a Sally y a los niños.

¿Por qué él no la había contraído?

En la Tierra, los médicos no habían dado una solución explícita. Vagas declaraciones acerca de la posibilidad de una invulnerabilidad para ciertas enfermedades por parte de Brown, una gran riqueza de glóbulos rojos en su sangre, tal vez la acción colectiva de varias vacunas a las que Barry se había sometido antes de partir para Dione...

Cuando regresó del satélite de Saturno, Barry comprendió que su vida estaba desecha, que no existían ya horizontes para él.

El planeta Tierra atravesaba un período crítico, por entonces. La crisis, en sí, provenía desde 1990, cuando los yacimientos árabes de petróleo comenzaron a extinguirse.

Todos se habían encogido de hombros a finales del milenio anterior, convencidos y confiados en la posibilidad de que pronto se descubrirían nuevas fuentes de energía, de que todo iba a continuar por senderos de prosperidad y de riqueza.

Llegó el momento en que un galón de petróleo costó una fortuna. Hasta rebasar el año 2000, se habían empleado en el transporte potentes acumuladores eléctricos, fácilmente recargables con electricidad proveniente de las macro-centrales nucleares capaces de producir cada día trillones de megavatios-hora.

Pero también los minerales de utilización nuclear, como el uranio y el plutonio, estaban extinguiéndose en la Tierra.

Y no había que contar con las fuentes de energía naturales, como las centrales hidroeléctricas, puesto que a menudo se producían siglos enteros de sequía.

En aquellos años calamitosos, los campos se habían agostado y los terrestres habían muerto por centenares de millones. La única

solución estaba en desalinizar el agua del mar, pero ello suponía situar centenares de centrales nucleares a lo largo de los litorales de la Tierra.

¿Cómo se había llegado a aquel caos climatológico?

A finales del 2000, las primeras materias escaseaban de forma alarmante, pues sabido es que la población de la India, por ejemplo, crecía cada año en proporción geométrica.

Buscando desesperadamente nuevos recursos, se llegó a una masiva desforestación. En África, y sobre todo, en las zonas amazónicas, se quemaron millones de kilómetros cuadrados de selva., lo cual desequilibró brutalmente las condiciones climatológicas.

La solución estaba en el espacio exterior. Y, desde luego, en la investigación y exploración sideral.

En 2213, un aerolito que pesaba unas cincuenta toneladas se estrelló en el desierto del Sahara, provocando una hondonada de cuarenta metros de profundidad.

Los geólogos comprobaron que la masa del aerolito era pechblenda, muy rica en uranio.

Por aquellas fechas, había pasado muy cerca del planeta Tierra el asteroide Boor, cuya masa, analizada por los astrónomos, estaba compuesta principalmente por uranio. Es decir, Boor suponía una formidable reserva de Uranio, desgajada, quizá, de algún gigantesco planeta.

Todos los países de la Tierra estuvieron de acuerdo por vez primera en la historia: era necesario agilizar un programa espacial para llegar a Boor y extraer su uranio antes de que el gran asteroide se alejase en su órbita de más de seiscientos años de duración.

Tras el primer viaje con éxito, se abordó otro plan gigantesco: la construcción de macro-naves, capaces de traer de Boor material suficiente para formar una reserva energética que asegurase la supervivencia de los terrestres por mil años, al menos.

El «Transpace-1» había traído a la Tierra setenta toneladas de pechblenda de uranio. El «Transpace-15» transportaba seiscientas toneladas.

Centenares de tripulantes habían encontrado la muerte en

aquella espantosa Ruta del Uranio y la mayoría de las astronaves habían terminado desintegradas o perdidas en el asfalto después de realizar viajes, en el mejor de los casos.

Pero las reservas del rico uranio de Boor seguían aumentando constantemente en la Tierra, y ello empujaba al Consejo de la Energía a ofrecer recompensas elevadísimas a constructores de astronaves y a sus tripulantes.

En cualquier caso, el factor *tiempo* tenía una importancia decisiva. Boor se alejaba gradualmente y era necesario extraer de él la mayor cantidad de mineral antes de que la distancia lo hiciese inaccesible a los vehículos terrestres.

En realidad, Barry Brown había ganado en un solo viaje a Boor dinero suficiente para no tener que trabajar en el resto de su vida.

Y, sin embargo, éste era el sexto trayecto a Boor. Era rico, muy rico. Pero ¿para qué quería el dinero, si sabía que un día u otro iba a encontrar la muerte en aquella diabólica Ruta?

—Siempre estaré solo, aunque me rodeen millones de personas —se repetía obsesionado.

El *quería* estar solo. Rumiar su tristeza y su pena, a solas.

En cuanto a la muerte, la deseaba. Sin concesiones.

Había estado muy cerca de *Ella* en el tercer viaje a Boor.

Transponía el «Transpace-15» el formidable cinturón magnético que bordeaba el sistema solar. Aquella era una zona letal, peligrosísima, puesto que suponía el confín del campo de actividad magnética de dos sistemas solares distintos.

Súbitamente, fuerzas enormes agitaron la astronave y la agitaron con apocalíptica violencia.

Barry sintió que su cerebro bailaba literalmente dentro de su caja ósea y que todo su ser era sometido a una presión, brutal, insoportable.

La astronave salió despedida fulminantemente fuera de la zona magnética, alterada su trayectoria.

Barry volvió en sí, cuando ya parecía imposible vivir.

En la cabina de navegación, el operador de comunicaciones y la operadora de radar, yacían, destrozados, fuera de sus puestos.

Sólo el ingeniero mecánico, el médico de a bordo y el experto en abastecimientos pudieron ser reanimados por Barry.

Pero cuando, varias horas después, estuvieron en situación de apoyarle en el control y gobierno de la astronave, comprobaron espantados que el «Transpace-15» se había alejado más de doscientos mil kilómetros de su correcta trayectoria.

Barry consiguió devolver la astronave a su ruta. Para ello fue necesario realizar un considerable derroche de energía.

Realizado el cálculo, Barry anunció a los tres supervivientes:

—No dispondremos de combustible suficiente para llegar a la Tierra.

El médico, el experto y el técnico en comunicaciones le contemplaron entre incrédulos y aterrados.

Pero era la verdad. Y a ella había que ceñirse.

En Boor no existían depósitos auxiliares de combustible, pues la maquinaria de extracción de uranio destacada en el asteroide funcionaba con energía producida por células solares.

Podrían llegar a Boor, desde luego. Y morir allí, en compañía de los quince hombres de la unidad de extracción de mineral.

La perspectiva no podía ser más pavorosa. A pesar de ello, Barry Brown conservó la calma y con ello consiguió que sus camaradas no cayeran en la desesperación o en la locura.

Se pasó muchas horas realizando cálculos con el cerebro electrónico de a bordo.

Porque no podía contar con ayuda enviada desde la Tierra. El «Transpace-16» tardaría todavía casi un año en estar dispuesto para un vuelo espacial y el «17» apenas era aún un proyecto.

Finalmente, Barry llegó a vislumbrar alguna posibilidad esperanzadora. Y se lo comunicó a sus compañeros.

—Quizá no se haya perdido todo —anunció—. Por supuesto mi plan tiene mucho de descabellado, pero puede resumirse así...

Según Barry, si conseguían imprimir al «Transpace-15» una velocidad máxima de cincuenta mil kilómetros por segundo en la trayectoria precisa, la astronave podría viajar por el espacio con los propulsores parados durante el resto del viaje.

—No puedo ocultar que hay muchos riesgos. La nave resistiría esa enorme aceleración, por supuesto, pero... ignoro si nosotros podríamos aguantarla... sin morir.

—Cualquier cosa, antes de extinguirnos lentamente, día a día, en Boor —dijo Jenkins, por entonces su ingeniero de abastecimientos.

Hooper, el operador de telecomunicaciones, estuvo de acuerdo, aunque sus facciones expresaban una angustia infinita.

—Hay algo más —añadió Barry—. Realizar esa maniobra, supondrá una demora en nuestro viaje de... unos cuatro meses. Por desgracia, tendremos que tomar la iniciativa por nosotros mismos, pues los medios de comunicación con la Tierra están averiados. ¿Lo intentamos?

— ¡Sí! —gruñó Jenkins, rabioso. Clarke, el médico, asintió, sombrío.

—Intentémoslo —asintió Harold Hooper, desmayadamente.

Fue una experiencia inolvidable. Cuando los propulsores de la astronave alcanzaron su punto crítico de empuje, Barry notó que la sangre comenzaba a burbujear en sus venas y que todo su cuerpo era materialmente aplastado contra el respaldo de su puesto de mando.

Pero consiguieron llegar a Boor, cargar seiscientas toneladas de uranio, abastecer a la unidad de extracción de pechblenda y... volver a la Tierra, seis meses después de lo previsto.

Morir en la Ruta del Uranio era fácil, pues. Pero Barry se divertía desafiando a la suerte y al peligro.

CAPITULO III

Barry despertó bruscamente.

Abrió los ojos y vio a Lylah Harrison, que aguardaba junto a su lecho.

—Siento haberte despertado, Barry —dijo ella, amable—. Marley me ordenó que comunicase con Tierra y diese cuenta de las averías sufridas en la estructura. Esta es la respuesta.

Barry había estado contemplando a Lylah, con una mezcla de admiración e irritación.

«En verdad, es fascinante», pensó, mientras sus ojos se deleitaban contemplando las largas y perfectas piernas de la mujer, sus armoniosas y juveniles formas; sus senos, puntiagudos y firmes; el rostro, de pómulos pronunciados y exóticos, los labios expresivos, los ojos negrísimos, su piel, fina y tersa como la de un bebé...

Pero inmediatamente, opuso un razonamiento determinante.

«Lástima. Es negra.»

No podía negar que se había criado en el hogar de una familia racista e intransigente.

Además... estaba el recuerdo vivo de la pérdida de Sally y sus hijos. Jo Jefferson, el comandante de la nave que debía haber arribado a Dione con un médico, medicinas, socorro... también era un negro.

Tomó en sus manos el mensaje de Tierra y lo leyó rápidamente.

«Comprobada imposibilidad de reparar sus averías en vuelo, descienda sobre el planeta Kaleenx y proceda a restaurar los desperfectos. Tras lo cual, podrán proseguir viaje hasta Boor.

Barry arrugó el papel entre sus manos y lo arrojó con ira.

— ¡Kaleenx! —exclamó, airado.

Lylah podía comprender su estado de ánimo.

También ella había observado con el telescopio electrónico de a bordo la impenetrable superficie de brumas de Kaleenx, aquel planeta situado en la misma trayectoria del «Transpace-15».

Kaleenx era un mundo primitivo, en el primer nivel de su evolución.

No, no existían allí peligrosos animales prehistóricos, ni hordas de tribus salvajes.

El planeta apenas poseía una vida elemental, en transformación, formada por bacterias y microorganismos.

Pero la superficie de Kaleenx estaba casi materialmente cubierta por ciénagas pútridas, que exhalaban gases venenosos, tóxicos. Sólo las minúsculas y malignas bacterias podían vivir impunemente en aquel medio deletéreo y amenazador.

¿Es que el Servicio de Emergencias no conocía con exactitud las condiciones del planeta Kaleenx?

Por supuesto que las conocía. Pero el personal de tierra del Consejo de la Energía ocupaba cómodos despachos asépticos, termoestables... y no conocían el espacio exterior más que a través de filmes y de material fotográfico.

Naturalmente, también contaba la seguridad del viaje, de los tripulantes, de la astronave, en fin, que había resultado averiada.

Pero Lylah se estremeció de espanto, sin poder contenerse, al imaginar el descenso sobre la superficie de Kaleenx.

Entretanto, Barry se había incorporado del lecho violentamente y abandonaba su cabina, seguido de Lylah.

Un momento después, el capitán se entrevistaba con la operadora de radar, Sharon Ganing.

—Calcula la distancia a Kaleenx y la hora exacta en que pasaremos cerca de su zona gravitatoria —solicitó.

— ¿Kaleenx? —exclamó el copiloto Marley—. ¿Qué hay con ese asqueroso lugar?

Todos se volvieron a mirar a Barry.

—El Servicio de Emergencias informa que debemos reparar nuestro vehículo en Kaleenx, eso es todo —informó Barry, escueto.

Pero era consciente del impacto que sus palabras acababan de producir en todos, desde la propia Sharon hasta el doctor McLinn, que estaba realizando un reconocimiento de rutina a Gus Thomas.

El más afectado era Louis Barrow. Y por una razón fundamental él era el ingeniero mecánico, el que tendría que abandonar el «Transpace-15» y pisar el suelo de Kaleenx para restaurar los defectos en el costado izquierdo del vehículo.

— ¡No es posible! —murmuró, sombrío—. Tener que descender sobre ese repugnante planeta. Con un poco de suerte, podríamos llegar sin novedad a Boor.

Barry le miró con expresión glacial.

—No discutas las órdenes —exclamó con energía—. Hay que hacerlo y se hará. Yo mismo saldré contigo. Por lo demás, no creo que haya peligro: tenemos nuestros equipos espaciales, a pruebas de ácidos o tóxicos. No tendremos que soportar una sola bocanada de la atmósfera pútrida de Kaleenx.

La cuestión quedó zanjada allí mismo. Pero en el ambiente flotaba una tensión que podía percibirse fácilmente.

Barry relevó a Albert Marley en el puesto de gobierno.

Poco después, Sharon rindió el informe que Brown le había pedido.

—Estaremos sobre Kaleenx dentro de seis horas y dieciocho minutos, exactamente —afirmó.

Cuatro horas más tarde, Marley ocupó su puesto y Barry penetró

en la pequeña cabina de observación.

Graduó telemétricamente la distancia, acopló las lentes y miró.

Allí estaba Kaleenx, con su grisácea esfera envuelta en perennes nieblas de tonalidades rojizo-violadas.

Para ahorrar energías, lo más acertado sería iniciar el descenso sobre la zona ecuatorial, en la perpendicular más corta.

Volvió nuevamente a la cabina de navegación.

Todos los tripulantes permanecían allí y los seis rostros de sus compañeros se volvieron hacia él cuando entró.

—Déjame —pidió a Marley.

A las dieciséis dieciocho, Barry notó el leve estremecimiento provocado por la atracción gravitatoria del planeta.

—Estamos sobre Kaleenx —advirtió Sharon con voz un tanto insegura.

—Muy bien —aprobó Barry, inexpresivo, porque sabía que todos estaban pendientes de él—. Vamos a descender. Todos atentos a la maniobra, por favor.

Giró los propulsores laterales noventa grados y el «Transpace-15» comenzó a descender en oblicuo.

Se notaba una vibración, un casi imperceptible estremecimiento en toda la estructura de la astronave.

—El impacto del aerolito —pronosticó Louis Barrow—. Deformó un estabilizador y ha descompensado el equilibrio aerodinámico del vehículo.

Se oía un profundo zumbido que llegaba muy atenuado a la cabina de navegación.

Bruscamente, el termómetro subió tres grados, como consecuencia de la fricción de la atmósfera de Kaleenx contra la estructura exterior de la astronave.

El zumbido aumentó paulatinamente hasta hacerse sumamente desagradable.

Barry exigió:

—Visión de superficie.

Barrow conectó las cámaras de televisión. En la gran pantalla frontal apareció la imagen del suelo de Kaleenx.

Descendían sobre un lago o una ciénaga. Podían advertirse incluso las volutas rojizas de los gases venenosos, elevándose lentamente sobre las aguas putrefactas.

—Análisis de atmósfera, sonda acuática —volvió a solicitar Barry.

Los subpropulsores frenaron con cierta brusquedad. El «Transpace-15» aminoraba la velocidad de descenso.

—Atmósfera: oxígeno, 32, nitrógeno, 38; anhídrido carbónico... 10; argo, 2,10; gases sulfurosos, 8,75. Resto, indicios de helio y otros —fue leyendo Gus Thomas su informe.

— ¿Sonda? —insistió Brown.

—Se trata de una ciénaga. Profundidad máxima: cinco metros —informó Sharon Ganing.

—Allá vamos —respondió Barry.

Y el «Transpace-15» descendió, con su trípode neumático desplegado.

Las cámaras de televisión laterales enviaban imágenes de la superficie de la ciénaga. Las aguas tenían un color marrón oscuro y aquí y allá expelían burbujas de gases humeantes.

—Un lugar delicioso para pasar el fin de semana —gruñó Marley, nervioso.

Pero Barry se alzó de su puesto y ordenó a Barrow que preparara el equipo de soldadura y dos trajes especiales.

—Cuanto antes terminemos, mejor. Entonces podremos abandonar este podrido lugar —añadió.

Y recomendó:

—Permaneced atentos a lo que ocurre fuera. Una de las cámaras

enfocará constantemente el costado izquierdo de nuestro vehículo. Lylah, tú controlarás nuestros movimientos...

—Pero... ¿vas a salir? —preguntó Lylah, helada de espanto.

—Sí. De esta forma, terminaremos antes —respondió.

Pero Louis Barrow le tomó por un brazo

—Tu deber no te obliga a abandonar la astronave, Barry —dijo, tratando de disimular su emoción.

— ¿Y qué? —le cortó Brown, con rudeza—. Soy el capitán y tengo autoridad para tomar las decisiones que me apetezcan, ¿no es cierto? Pues bien: iremos los dos. Vamos, Louis, ¡observa la imagen! ¿Cuántas secciones metálicas será necesario cambiar?

—Pues... cinco, tal vez seis —respondió el ingeniero mecánico.

—Marley se encargará de entregárnoslas a través de la más próxima escotilla de emergencia. ¡Vamos, Louis, ve a por el equipo! Marley, ya sabes cuál será tu cometido: dejarás herméticamente aislada la zona siniestrada y sacarás el material. ¡McLinn!

— ¿Sí, Barry?

—Te ocuparás de vigilar nuestra tensión arterial, ritmo cardíaco, en fin..., tú lo sabes mejor que yo —indicó Barry.

—Muy bien —aprobo el médico. Y le tembló un párpado.

—Sharon procurará mantener comunicación directa con Tierra durante todo el tiempo que Louis y yo estemos fuera y Gus...

— ¿Sí? —preguntó Thomas.

—Te pondrás un equipo especial y saldrás al exterior en caso de que a Louis o a mí nos ocurriera cualquier accidente. Eso es todo. Ahora, cada cual a su cometido —terminó Barry. Y abandonó la cabina de navegación.

Anduvo aprisa por el pasillo y se reunió con Barrow, que estaba embutiéndose ya en uno de aquellos completísimos trajes espaciales, dotados de radio, presión, oxígeno y botas y guantes magnéticos para adherirse perfectamente a las planchas metálicas del exterior de la astronave.

No cambiaron una sola palabra hasta que Barry tuvo su equipo. Entonces conectó su comunicador y dijo:

— ¿Lo tienes todo?

—Todo —respondió Barrow.

Penetraron en la cámara de presión, cerraron la escotilla estanca y despresurizaron en pocos segundos el compartimiento.

Una sección oblonga del fuselaje se movió y la atmósfera irrespirable del planeta penetró en la cámara.

—Ahí lo tienes —dijo Barry, irónico—. Esto es Kaleenx.

Durante un minuto contemplaron impresionados la desolada extensión de la inmensa ciénaga.

No podía verse mucho más allá de unos veinte metros, puesto que los rojos vapores babeaban, densos, de toda la superficie líquida, que bullía constantemente, exhalando aquellas enormes burbujas viscosas.

Luego Barry tocó en el hombro a su ingeniero y ambos gatearon lentamente sobre las planchas en dirección a la zona siniestrada.

CAPITULO IV

—Juro que en este momento nada me consolaría más que saber

que Dios está cerca de nosotros —murmuró Barrow.

Brown alzó la mirada y detuvo el cortador de metales a rayos láser.

—Lo que existe es una avería en nuestra nave. ¿Quieres seguir trabajando? —respondió el capitán, colérico.

Aplicó de nuevo el cortador y la enorme plancha, formada por varias secciones de arrugado metal, resbaló sobre el fuselaje y se hundió despacio en el líquido marrón borboteante.

Barrow subió hasta la más próxima escotilla y trajo una sección de brillante acero de veinte milímetros de grosor.

Mientras Barry sostenía la sección en su punto exacto con la ayuda de una larga tenaza articulada, el ingeniero descolgó de su espalda el aparato de soldadura a oxi-propano presurizado, suficientemente potente para unir las gruesas secciones entre sí.

Louis aproximó el soplete a la unión y oprimió el botón de encendido electrónico.

La recta y tensa llama del soplete inflamó los gases que manaban de la ciénaga y una llamarada rojiza les envolvió.

No era peligrosa aquella llamarada, ya que la consistencia de los gases inflamables que componían la atmósfera de Kaleenx no poseían densidad suficiente para prolongar la deflagración más allá de unas décimas de segundo.

Sin embargo, Barrow dio un respingo al sentirse rodeado por la llamarada y sus botas se desprendieron del fuselaje.

Cayó de espaldas exhalando un grito de terror y se hundió en la ciénaga.

A través del comunicador, Barry oyó su grito. Y también la voz trémula de Lylah Harrison, que murmuraba:

—...mas líbranos de todo mal. Amén.

Seguido de un alarido que, indudablemente, había salido de la garganta de la propia Lylah, encargada de vigilar los movimientos de los dos hombres.

Barry no perdió la calma.

Realmente no había ocurrido nada irreparable. Barrow estaba protegido por un traje resistente a pruebas de ácidos o incluso del fuego. Y las aguas de la ciénaga apenas estaban a 38 °C de temperatura máxima.

Se deslizó hacia abajo despacio hasta apoyar una bota sobre una de las patas del trípode de sustentación.

La escafandra de Barrow emergió en seguida del oscuro líquido. El ingeniero se quejaba, pero se aferró rápidamente a la mano que le tendía su capitán.

Poco a poco, Barry le fue izando hasta que el brazo izquierdo y los pies del ingeniero tocaron el fuselaje.

— ¡Serénate, Louis! —gritó por el comunicador—. No ocurre nada. Te asustaste, eso fue todo.

— ¡Mi pierna! —gimió el ingeniero, crispadas sus facciones bajo la escafandra—. El traje debió desgarrarse al... caer sobre la sección del fuselaje inservible. Sus aristas han desgarrado la tela y me han herido profundamente. ¡Me... me ahogo! He... perdido presión... Mi oxí...geno se pierde.

Barry palideció.

— ¡Emergencia! —gritó—. ¡Thomas debe salir inmediatamente!

Desmontó rápidamente su toma de aire y la conectó a la escafandra de Barrow.

Contuvo la respiración y tiró del ingeniero hacia arriba con todas sus fuerzas hasta llegar a la escotilla de emergencia.

Marley recogió a Barrow. En seguida apareció Gus Thomas, que había recogido un nuevo aparato de soldadura.

— ¡McLinn! —ordenó Barry, por el comunicador—. Abandone nuestro chequeo y encárguese de atender a Barrow. Tiene una herida en la pierna. ¡Apresúrese!

—En seguida —asintió el médico.

Thomas y Barry volvieron a la zona siniestra.

Thomas no parecía muy seguro con el soldador en sus manos y el capitán tuvo que quitárselo y soldar él.

Los dos hombres sudaban copiosamente bajo sus trajes espaciales. Bajo las plantas de sus pies, el metal se ponía al rojo vivo, pero las secciones iban quedando perfectamente unidas entre sí.

Dos horas después, el trabajo estaba terminado, tras recubrir con una pintura refractaria antirradiaciones el área reparada.

Thomas emprendió su lento avance hacia la cámara de despresurización y Barry le siguió, portando una parte del material empleado.

Antes de entrar en la cámara, dirigió una última ojeada a la impresionante superficie brumosa y pensó:

« ¡Al diablo con Kaleenx! Espero no volver a este lugar jamás.»

La cámara de presurización se cerró, el aire penetró silbando y la escotilla de comunicación con el interior se abrió.

Se desnudó con Thomas, en el compartimento de material. Y cubierto con una túnica, penetró en su cabina y se duchó y vistió.

En la cabina de navegación, todos parecían aliviados e incluso felices.

Pero, sobre todo, la expresión de Lylah era radiante.

Le felicitaron con sinceridad.

—Un excelente trabajo, Barry. Nos alarmamos cuando vimos caer a Louis; pero, por fortuna, parece que resultó ileso...

—Ya veremos qué dice McLinn—respondió Barry, sin alegría—. Ojalá no sea nada. Pero ahora, atención, "todos preparados para el despegue. Vamos a alejarnos de este maléfico planeta.

Los tripulantes interrumpieron sus conversaciones y cada uno ocupó su puesto.

Barry puso en funcionamiento los propulsores y cuando éstos alcanzaron la potencia crítica para el despegue, dio gas y la enorme masa del «Transpace-15» se separó de la ciénaga.

Marley retrajo el trípode de aterrizaje. En la pantalla de televisión las brumas violadas se fueron quedando atrás vertiginosamente. Y, luego, la astronave escapó de la atracción del planeta y ajustó su rumbo hacia Boor.

«Es extraño—pensó Barry—. ¿Por qué tarda tanto el doctor McLinn?»

Pidió a Marley que le relevase y abandonó la cabina de control.

McLinn estaba en la enfermería, inclinado sobre Louis Barrow.

De una simple ojeada, Barry advirtió que el médico había aplicado al herido el reanimador cardiotorácico.

— ¿Es grave? —preguntó por encima del hombro de Lyon McLinn.

—No lo sé —respondió éste, sin volverse—. He puesto suero abundante a este hombre, he curado su herida, pero...

— ¿Qué?

— ¡No reacciona! Perdió el conocimiento cuando le traía hacia aquí. Le tomé el pulso y noté que el corazón latía apenas a treinta pulsaciones por minuto. Pero lo peor es... ¡mira esta pierna!

McLinn descubrió la sábana que cubría a Barrow y el capitán se inclinó a mirar, ávidamente.

Lo que vio le dejó aterrado.

La pierna herida de Louis se había hinchado monstruosamente. Pero lo más impresionante no era eso: la pierna tenía un color marrón oscuro.

Marrón oscuro... como la fétida ciénaga de Kaleenx donde habían aterrizado para realizar la reparación.

— ¡Es horrible! —exclamó, sin poder contenerse—. ¿Puedes decirme qué le ocurre a Barrow? ¿Se trata de una infección?

McLinn se agitó, inquieto.

—Eso temo, Barry. Una infección vertiginosa, de tremenda actividad e incubación sumamente corta —respondió—. Pero no conozco su etiología. Jamás he visto un caso así. Naturalmente, no es mi especialidad, yo soy un psiquiatra.

Barry retrocedió dos pasos.

—Creo que no hay tiempo que perder, Lyon. Tendremos que

imponer la cuarentena en esta enfermería a partir de ahora mismo. Nadie debe penetrar aquí, excepto tú. Después, tomarás el traje que utilizó Louis y lo esterilizarás escrupulosamente...

— ¿Crees que...? —murmuró McLinn, pálido y preocupado.

—Creo que cualquier medida será pequeña para evitar el contagio —le cortó Barry con sequedad—. Cuando hayas terminado con el traje, quiero que tomes una muestra directamente de la herida en la pierna de Barrow, la analices, tomes fotografías y cuantos datos puedas adjuntar, para enviarlo en seguida a la Tierra por televisión. Quizá el Departamento de Sanidad Espacial conozca esa infección y pueda darnos un remedio, una solución, lo que sea. Pero no pierdas tiempo. Yo me encargaré de los demás.

—Bien —murmuró McLinn.

Barry abandonó la enfermería y corrió a la cámara de navegación. Un suspiro disimulado salió de sus labios al comprobar que el resto de la tripulación se encontraba allí.

—Quiero advertiros algo —anunció sin preámbulos—. La herida de Barrow se ha infectado. No sabemos si será grave o no. Pero en prevención, la enfermería queda en cuarentena.

Nadie respondió en seguida.

Pero Marley estalló poco después.

—A mí no puedes engañarme, Barry. Algo terrible ha ocurrido... ¡confíesalo! —gritó.

— ¡Cállate! —ordenó fríamente el capitán—. No permitiré una simple falta de respeto a mi persona. Lo que os digo es cierto: no sabemos si lo de Louis será grave o no, pero vamos a enviar fotografías y datos al laboratorio de Sanidad Espacial de la Tierra. Entretanto, os aconsejo... Es decir, os ordeno que paséis uno a uno por la cámara de esterilización. Sí, ya sé que no es agradable. Pero yo entraré el primero. Esas son mis órdenes.

Recorrió el pasillo y penetró en la cámara de esterilización, tras lo cual cerró tras sí.

Se desnudó. Tampoco a él le gustaba mucho la moderna esterilización por radiaciones, porque durante unos minutos la piel picaba de forma insoportable y se sufrían tremendos vahídos que

obligaban a vomitar poco después.

Sin embargo, soportó estoicamente la prueba y salió tambaleándose de la cámara, a cuya entrada esperaba su turno Gus Thomas.

El «Transpace-15» seguía su viaje sin novedad, dirección asteroide Boor.

—Te relevaré, Marley —propuso Barry—. Te noto intranquilo.

— ¿Cómo quieres que me sienta? —estalló su copiloto con violencia—. ¡No soy de piedra como tú!

—Ve a la cámara de esterilización y entra en ella cuando salga Thomas —ordenó el capitán, agrio.

Consultó los aparatos de medición del tiempo. Si todo se desarrollaba con normalidad, el «Transpace-15» descendería sobre Boor once días más tarde.

Miró a sus compañeros de reojo. Sharon parecía abstraída en la contemplación de la pantalla de radar, pero sus manos temblaban excesivamente sobre el tablero de instrumentos.

En cuanto a Lylah..., sus labios se movían lentamente. Con toda seguridad, estaba murmurando sus oraciones.

—Vamos, Sharon —dijo Barry, de repente—. Pon un poco de música. Esto parece un funeral.

—Y tal vez lo sea —respondió Sharon, sombría—. En lo que hace a mí, no dispongo de humor para escuchar música.

—Es mejor implorar al Todopoderoso —murmuró Lylah.

Barry no hizo más comentarios. ¿No tenía fama de adusto, de introvertido, de retraído y agrio?

Conectó las cámaras de televisión frontales y miró a la pantalla.

Contempló el inmenso espacio sideral, con sus innumerables puntitos destellantes que hablaban de mundos remotos, desconocidos y extraños.

Qué espantosa soledad la que contemplaban sus ojos... ¿Sería posible que Dios estuviese en algún punto desconocido de aquella

hosca y negra inmensidad?

Compuso un gesto escéptico. Dios no era para él. Dios era para individuos sencillos e ingenuos como Lylah, como Sharon, como Barrow.

Al recordar a Barrow, experimentó una angustiosa inquietud. ¿Moriría?

Louis era un hombre excelente... a pesar de sus errores pasados. Había ganado mucho dinero con sus viajes a Boor y esperaba encontrar una mujer sencilla y cariñosa y casarse con ella, rehacer su vida...

Barrow era un ingenuo. ¿Es que una vida podía rehacerse, como se reconstruye un edificio derribado desde sus cimientos?

Gus Thomas penetró en la cabina de navegación y dijo:

—McLinn quiere verte, Barry.

—Muy bien. Busca a Marley para que me sustituya. Debe estar en la cámara de esterilización —respondió el capitán.

Gus le miró con una expresión extraña, pero abandonó la cabina.

Cuando Marley llegó, Barry le cedió su puesto y salió al pasillo.

McLinn estaba esperándole. Sus facciones sonrosadas, de persona que permanece pocas horas al sol, estaban cenicientas.

— ¿Cumpliste mis instrucciones, Lyon? ¿Tienes el material de información para transmitirlo a Tierra? —preguntó Barry, ávido.

—Lo hice todo. También me he esterilizado yo e incluso las fotografías y el informe que me pediste —confesó McLinn, inseguro—. Pero todo es inútil: Louis acaba de morir.

CAPITULO V

Barry cerró los ojos.

—Lo siento, ¡lo siento de veras! —murmuró, ardientemente—. ¿Cómo... es posible?

—El mal se ha ido extendiendo por todo su organismo de forma voraz. Su cuerpo está hinchado, deformado... ¡Es horroroso! Todo su cuerpo presenta ese repugnante marrón oscuro.

Calló.

Luego penetró en su cabina y volvió con un portafolios de plástico en la mano.

—Aquí está todo lo que he conseguido estudiar respecto a esa infección. ¿Vas a molestarte en transmitirlo a Tierra? —preguntó.

—Ahora más que nunca. Porque ya sabemos que la infección es vertiginosa y de resultados mortales. Compréndelo, Lyon: todos estamos en peligro. Es urgente prevenirnos contra el posible contagio, pero también obtener una información más completa desde la Tierra es imprescindible, si queremos dominar la enfermedad en el caso de que alguno de nosotros resulte contagiado. Piensa en esto, Lyon: Marley y tú tocasteis el traje de Barrow. Tú incluso tuviste que palpar su herida, su cuerpo desnudo... Por otra parte, gotas de esa putrefacta agua oscura debieron deslizarse del traje de Louis, impregnar los compartimentos de la nave desde la escotilla de emergencia hasta la enfermería. Tal vez, todo el «Transpace-15» esté ahora contaminado ya.

El médico se agitó, muy inquieto.

—Confieso que tus palabras sólo sirven para intranquilizarme, Barry —estalló. Pero pareció reconsiderar la cuestión y añadió—: Está bien, tienes razón, toda precaución es poca. Voy a esterilizar todo el vehículo con el equipo móvil, pero quiero saber algo...

— ¿Sí?

— ¿Qué vamos a hacer con el cadáver de Barrow, cuál va a ser tu modo de proceder con la tripulación?

Brown se tomó algún tiempo para reflexionar.

Finalmente decidió:

—Tú y yo arrojaremos el cadáver de Louis al exterior, porque su cuerpo debe ser ahora mismo un tremendo hervidero de bacterias. Así, pues, nos protegeremos adecuadamente con equipos herméticos, envolveremos su pobre cuerpo en una bolsa de plástico y lo llevaremos a la cámara de presurización para enviarlo al espacio. Creo que es lo mejor que puede hacerse.

—Sí. Pero ¿comunicarás su muerte a la tripulación? —quiso saber el médico.

—Vamos, Lyon, tú eres un psiquiatra especializado en problemas del espacio. Puedes imaginarte el efecto que haría en ellos decirle la verdad. Se aterrarían, serían capaces de amotinarse... y todo eso de por sí puede significar la muerte para todos. Creo que nuestra obligación es ocultar la muerte de Barrow mientras podamos. Al menos, hasta que recibamos información sobre esas bacterias desde el Laboratorio de Sanidad Espacial.

A McLinn le temblaron los labios.

—Bien...

—Espérame aquí. Encargaré a Lylah que transmita esta información a Tierra y exija una respuesta urgente. En seguida volveré contigo —prometió Brown.

Y corrió hacia la cabina de navegación.

Todos los rostros se volvieron hacia él. Pero fue Marley el que preguntó, brillantes los ojos y pálido su estrecho rostro:

— ¿Qué...?

— ¿A qué te refieres? —disimuló Barry, inexpresivo.

— ¡Por Dios todopoderoso, Barry! —gritó el homosexual—. ¡Sabes de sobra que me refiero a Louis Barrow! ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Puedo asegurarnos que ahora Louis no siente dolores —respondió. Y, de pronto, comprendió que lo que estaba diciendo suponía casi una blasfemia. Por eso se volvió bruscamente a Lylah y le entregó la documentación que McLinn había obtenido—. Tienes que transmitir todo esto por televisión a Tierra, Laboratorio de Sanidad Espacial. Exige una respuesta inmediata, de máxima urgencia. Vuelvo ahora mismo a relevarte, Marley. Pareces cansado...

Salió. Y se perdió el exabrupto con que su copiloto contestaba a su última observación.

McLinn le esperaba en su cabina con los trajes asépticos, aptos para protegerse contra enfermedades contagiosas.

Se vistieron en silencio. Luego Barry buscó una gran bolsa de resistente plástico en el almacén de material y juntos penetraron en la enfermería.

McLinn retiró la sábana que cubría el cadáver. Brown desorbitó sus ojos, aterrado, al contemplar aquel cuerpo humano terriblemente hinchado, con la piel brillante, de un tono marrón oscuro, repugnante.

Tragó saliva, cerró los ojos un momento e hizo una llamada a su fuerza de voluntad para seguir adelante con la tarea que se había impuesto.

Con sus manos enguantadas, tomó los gruesos tobillos de Barrow. Bajo sus dedos, aquella masa resbalaba, se le escapaba, fofa, inconsistente.

—Ve introduciendo la bolsa —susurró a McLinn, a través de su mascarilla.

Mientras el fuerte saco de plástico iba cubriendo la masa informe del cadáver, Barry Brown recordó otra escena igualmente dramática.

Solo, en la Base Experimental de Dione, él mismo tuvo que amortajar los cadáveres de sus hijos, los despojos de Sally, su esposa, la mujer a la que había amado por encima de todas las cosas, con un sentimiento tierno y ardiente a la vez.

En su recuerdo, aquella escena adquiriría una extraña intensidad ahora.

Veía los pobres cuerpos de Jimmy y de Lucy, esqueléticos; su

piel, cubierta de costras purulentas...

Sally, moribunda, había tenido una muerte más piadosa. Sencillamente, mientras su esposo amortajaba los cadáveres de los pequeños, ella lanzó un alarido infrahumano y luego, sin transición, rompió a reír, descompuesta: se había vuelto loca.

Barry había tenido que superar una repugnancia tremenda, un asco que alborotaba sus entrañas y le impulsaba a huir del refugio donde se encontraban los suyos.

Finalmente, el amor venció a la repulsión física que aquellos despojos le producían.

Quizá ahora, ante el cadáver de Louis Barrow, le sirviese de algo el mismo esfuerzo de voluntad. Tenía que demostrarse a sí mismo que Louis había sido un hombre excelente, un buen amigo... para no emprender una loca huida lejos de la enfermería.

—Vamos, por favor, empuja —suplicó McLinn—. No sé si resistiré todo esto...

—Resistiremos —dijo Barry. Y aquella masa informe y blanda penetró en el saco.

Luego, Barry abrió la escotilla de enfermería y vigiló el pasillo. No había nadie.

Bajaron el saco.

El cadáver se deformó aún más al caer sordamente al suelo. Pero no se detuvieron.

Tiraron por ambos extremos del saco y lo arrastraron al pasillo. Como dos ladrones furtivos, corrieron cuanto pudieron y alcanzaron la cámara de despresurización.

Cuando la presión se desvaneció y la escotilla al exterior se abrió sin un chirrido, Brown empujó el saco hacia el infinito espacio y murmuró mentalmente:

«Ojalá encuentres a tu Dios.»

Volvieron adentro. En el pasillo, Brown recomendó al médico:

—Haz un esfuerzo por disimular. Viendo tu expresión contraída, cualquiera imaginaría que acabas de ver el rostro de Satanás.

McLinn se apartó de un brinco.

— ¡No menciones a Satanás ahora! —chilló—. No me extrañaría que el Espíritu del Mal estuviera muy cerca.

Barry sonrió, despectivo.

—Está bien, serénate. No olvides colocar el cartel de cuarentena en la puerta de la enfermería. Y no descuides esto: aunque pases la mayor parte de tu tiempo libre en la cabina de navegación, visita de cuando en cuando la enfermería. Eso hará creer a todos que Barrow sigue allí.

—Sí. Pero Barrow está ya ante el Creador —musitó el médico.

Brown se encogió de hombros y volvió a la cabina de navegación.

—Puedes ir a comer o a descansar, Albert —dijo a su copiloto, con tono suave y mesurado—. Yo me ocuparé de todo.

Marley no dijo nada. Se limitó a obedecer y a abandonar la cabina de navegación.

El capitán consultó el crono-almanaque electrónico, útil para medir el tiempo de la Tierra: era el veintiséis de junio. Faltaban poco más de diez días para alcanzar el asteroide Boor.

Dirigió una ojeada a la tripulación. No había cedido la tensión en los rostros de sus compañeros, pero padecían un poco más sosegados porque... su capitán estaba silbando por lo bajo.

Lylah se aproximó a él un momento después.

—No se trata de interés personal, sino de simple camaradería, Barry. O si me apuras, también tiene que ver con mi instinto de conservación —dijo la negra, con un brillo cordial en los negros ojos—. Pero creo que debieras ir a descansar. Puedes poner el piloto automático. Yo misma te avisaría en caso de producirse alguna anomalía.

—Gracias —respondió Barry, experimentando una vaga emoción—. Pero puedo resistir perfectamente.

—Hace casi veinte horas que no has descansado. Y apenas permaneciste entonces en tu cabina poco más de dos horas. Debes

estar extenuado después de todo... lo ocurrido, Barry. Puedes enfermar.

—Confío en que eso no sucederá. Y ahora, ¡vuelve a tu puesto!
— terminó, con un gesto terminante y áspero.

Lylah se alejó, dolida. En sus ojos brillaron unas lágrimas cuando se inclinó sobre el panel de control de comunicaciones.

Barry retiró la mirada. Y vio a Thomas, que le miraba a hurtadillas, demostrando una clara inquietud.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Brown—. ¿Te preocupa algo?

Thomas vaciló.

Luego abandonó su puesto y se aproximó al capitán,

—He estado mucho tiempo debatiéndome en la incertidumbre, Barry —confesó en un susurro—. No me decidía a hablar... Quizá por un erróneo sentido de lealtad. Pero no puedo callarlo más.

La sorpresa se reflejó en los ojos azules de Barry Brown.

—Adelante, entonces —invitó en voz baja—. ¿De qué se trata?

—Recordarás que entré en la cámara de esterilización cuando tú saliste... Bien, según tú, Albert Marley debió entrar en la cámara cuando yo salí, ¿no es cierto?

—Eso supongo —asintió Barry, confuso.

—No entró nadie. Estuve en el control de servomandos... enfrente de la cámara de esterilización. Nadie entró allí, a excepción de Lylah y Sharon, que se esterilizaron más tarde. Cuando encargaste que buscara a Marley en la cámara, no le encontré allí. Se hallaba en su camarote, durmiendo, en lugar de atender sus obligaciones. ¿Comprendes ahora por qué no quería hablar?

Barry no respondió. Acababa de comprender que Marley no se había protegido contra la mortífera infección que Barrow había llevado a la astronave.

CAPITULO VI

Veintisiete de junio, tres treinta y cinco horas, a bordo del transporte «Transpace-15».

El cansancio rendía ya al capitán Brown, que continuaba aún en el puesto de gobierno de la astronave.

Marley continuaba en su cabina y también Lylah se había ido a descansar. Gus Thomas atendía el radar y Sharon había pasado a controlar las telecomunicaciones.

Había insistido a Tierra media docena de veces, ansioso por conocer el dictamen del Laboratorio de Sanidad Espacial.

La documentación reunida por McLinn había sido recibida en Tierra con absoluta claridad y Brown había obtenido la promesa formal de que el Laboratorio enviaría su respuesta con la mayor urgencia.

Miró de reojo a sus compañeros.

Lyon McLinn descansaba con los ojos cerrados y el mentón hincado en el pecho, sobre uno de los asientos de la cabina.

En cuanto a Gus Thomas... contemplaba a Sharon con una expresión tierna y rendida.

Barry sonrió, despectivo.

«Un homicida y una drogadicta: he ahí una bella pareja de enamorados... —pensó, cínico—, Que Thomas ama a Sharon es evidente, pero ella... Bien, me sorprendería que Sharon amase otra

cosa que no fuese sus inyecciones de alcaloides.»

Ni en el pensamiento, por desgracia para él, podía evitar Brown la acidez de sus opiniones.

Porque su corazón estaba seco, yermo, horro de cualquier sentimiento afectuoso.

Para Barry Brown sólo había una apetencia: el peligro.

Lo había buscado ansiosamente cuando hizo el primer viaje a bordo de las macro-astronaves que cruzaban la Ruta del Uranio. Y lo seguiría persiguiendo de forma infatigable hasta...

¿Hasta cuándo?

—Hasta que todo termine para mí —resumió.

Otros como él se habían enriquecido en la Ruta. Malcolm Surrey, por ejemplo, su capitán en el primer vuelo.

Surrey había decidido retirarse cuando su fortuna alcanzó una cota considerable.

Los orígenes de Malcolm Surrey habían sido muy humildes: hijo de padre desconocido y de una aventurera llamada Glenda Surrey, que regentaba un fastuoso lupanar a bordo de uno de los grandes transatlánticos, ya en desuso, pero muy de moda a finales del milenio anterior.

Malcolm había crecido sintiendo una gran repulsión, un enorme resentimiento hacia toda la humanidad.

Acomplejado, sólo había encontrado una definitiva ambición a su pobre existencia: amasar dinero, conseguir una fortuna con la que humillar y herir a todos cuantos le habían desdeñado por su oscuro origen.

No le habían ido muy bien las cosas hasta ingresar en la flota de astronaves del Consejo de la Energía. Y por supuesto, tampoco había conseguido su anhelo de poderío y de riquezas.

Tras ocho viajes a Boor, Surrey había decidido que su fortuna era ya suficiente para llevar a cabo sus planes.

Pero Surrey ignoraba que la tensión y el desgaste nervioso de aquellos ocho viajes espaciales habían alterado su equilibrio psíquico.

Barry ocupó su grado y su empleo a bordo de la «Transpace-15». Y tras realizar su segundo viaje, de regreso a Tierra, conoció la verdad sobre Malcolm Surrey: el loco se había construido una enorme mansión, en la que los muebles eran de oro, las paredes estaban revestidas de láminas doradas, y todo aparecía bañado en el precioso metal.

Finalmente Surrey, una noche, se había matado atravesándose el corazón con un puñal... de oro.

En fin, sólo había sido capaz en su vida de obtener una muerte muy original.

Desechó sus pensamientos. Más allá, Gus trataba, tímidamente, de tocar con sus dedos una mano de la rubia Sharon.

—Vamos, Sharon —ordenó brusco—. Te ordené que comunicases con Tierra cada hora. ¿Qué esperas para hacerlo?

La mujer retiró su mano, dolorida.

Gus Thomas le miró rabioso. Pero ninguno se atrevió a hacer ningún comentario.

Sharon estaba ya dirigiendo su nueva conexión con Tierra. Thomas conectó la televisión y en la pantalla apareció el rostro de un hombre canoso, de facciones simpáticas.

—Habla el doctor Benson, del Laboratorio de Sanidad Espacial. He terminado el análisis de las muestras fotográficas que nos confiaron. Por desgracia, no puedo servirles de gran ayuda. Sólo puedo respaldar la impresión del doctor McLinn. Se trata de un virus activísimo, de incubación instantánea, efectos paralizadores, que necesita una temperatura de treinta y cinco a cuarenta grados para incubarse... Es decir, la temperatura del cuerpo humano.

— ¡Doctor Benson! —gritó Barry, ante los micrófonos de su puesto—. ¿Es eso todo cuanto puede decirnos?

Se sentía encolerizado, decepcionado y agresivo.

—Sí. Lo siento, capitán Brown. Teníamos en este departamento a un biólogo muy experto, que ha avanzado notablemente en la investigación de virus del mundo exterior e incluso ha preparado eficaces vacunas. Por desgracia...

— ¡Siga! —exigió Brown, con las facciones crispadas.

—Ese biólogo se llama Andrew Young. Lamento tener que decirles que el doctor Young se encuentra desde hace dos meses en paradero desconocido.

— ¿Cómo es eso?

Benson carraspeó. Parecía vacilante e inseguro.

—En fin, creo que debo ser claro. Young fue sometido a investigación hace medio año. Se le imputaban graves delitos. Supe que Young había realizado peligrosas experiencias con virus pandémicos peligrosísimos... Young fue detenido y encarcelado, pero hace dos meses consiguió huir. La policía le busca, no sólo en Estados Unidos, sino en todos los países de la Tierra. Por desgracia, no ha sido hallado aún...

— ¿Quiere decir que los descubrimientos de Young en relación con virus y bacterias podría ayudarnos decisivamente? —preguntó Brown.

—Eso creo. Young es una eminencia. Lamentablemente, es también un fanático, un loco, y un hombre sumamente desconfiado y egoísta, que jamás compartió con los demás biólogos sus descubrimientos.

Barry se alzó impulsivamente de su puesto.

—Pero, ¡doctor Benson! Necesitamos ayuda urgente. Uno de mis hombres ha... —iba a decir «muerto», pero supo contenerse a tiempo — contraído la infección y se encuentra en grave estado, y todos nosotros estamos en peligro... ¿No puede darnos alguna solución, algún remedio concreto? —preguntó, impaciente.

Benson cerró los ojos.

—Créanme que yo mismo estoy viviendo su problema y me siento profundamente preocupado por la suerte de todos ustedes, capitán. Llevo doce horas ininterrumpidas en el Laboratorio y he movilizado a todos mis ayudantes. Pero no me he limitado a esto, sino que he solicitado la ayuda y cooperación de todos los biólogos expertos en virupatología... Pero no puedo darles noticias esperanzadoras a este respecto, a fuer de sincero: Young podría ser nuestra gran esperanza.

Alzó fatigado sus ojos y se libró de las gafas.

—En cuanto a remedios, sólo puedo recomendarles uno... Amputar inmediatamente el miembro atacado por el virus —agregó.

Barry dio un tremendo puñetazo sobre el panel de su control de instrumentos de navegación.

No había circunstancia que más lastimase su amor propio que sentirse impotente, como ahora.

Pero Brown poseía una virtud innegable: la constancia, su indomable tenacidad, que le permitían afrontar los mayores desengaños sin rendirse a la desesperación.

Hizo un esfuerzo por dominar su cólera, y dijo:

—Por favor, doctor Benson, no interrumpa la comunicación. Pida a su operador que transmita el enlace al presidente del Consejo de la Energía.

—Así lo haré —prometió el doctor.

Su imagen se desvaneció. Pero la comunicación persistía.

Al cabo de dos minutos, en la pantalla apareció Richard Alexander Bradley, el presidente del Consejo de la Energía.

Barry le conocía. En varias ocasiones se había entrevistado con aquel anciano de enérgicas facciones y cabellos absolutamente blancos, con el fin de plantearle diversos problemas técnicos respecto al transporte de uranio desde Boor.

—Señor Bradley, le supongo informado de la situación a bordo del «Transpace-15», en ruta hacia Boor —pronunció Barry con lentitud—. El doctor Benson asegura que sólo un hombre, Andrew Young, podría ayudarnos en esta emergencia. Le pido que se ponga en comunicación con la Policía Internacional, con todos los organismos policiales de la Tierra, e interese la urgente captura de Young.

—Acabo de hacerlo, capitán Brown —respondió Bradley—. No sólo vamos a movilizar a todas las fuerzas policiales, sino al ejército, a las organizaciones civiles, a los medios de comunicación... Tengan fe. Les doy mi garantía de que, si Young está vivo, le encontraremos. Personalmente, permaneceré en pie hasta que obtengamos alguna respuesta concreta.

La comunicación quedó cortada.

Barry suspiró, aliviado. Al menos, en Tierra había interés y voluntad de cooperación en todos.

Sharon dejó escapar una sonrisa.

—Creo que estás desfigurando la realidad, Barry. La situación no es tan desesperada, ¿no? Barrow permanece aislado, todos hemos pasado por la cámara de esterilización e incluso el doctor McLinn se ha ocupado de esterilizar el resto de la astronave. Creo que todos estamos un poco desquiciados. Será mejor que nos serenemos —dijo.

Barry no hizo ningún comentario. Pero Gus Thomas le envió una mirada cargada de inquietud y angustia.

CAPITULO VII

Despertó sobresaltado.

McLinn estaba junto a él, contemplándole con preocupación.

—Vamos, Barry, es necesario que vayas a descansar —dijo el médico.

Brown pestañeó, nervioso.

¡Se había quedado dormido!

— ¿Hay alguna noticia de la Tierra? —preguntó a Lylah, que se había reintegrado a su puesto.

—Ninguna. Sharon me puso al corriente de la situación. Confía en mí, seguiré estableciendo contacto con el presidente Bradley cada hora —respondió la joven. Y añadió, suplicante—: Ve a descansar, por favor.

Barry colocó el piloto automático y encargó a Thomas que se sentase en su puesto, mientras iba a avisar a Marley, su copiloto.

Abandonó la cabina de navegación.

Se sentía iracundo y colérico. ¿Por qué Marley no le había relevado ya...?

Además, sentía enormes ganas de golpearle a puñetazos, de machacar aquel rostro estrecho, pálido y enfermizo, de expresión eternamente huidiza y equívoca.

Abrió la escotilla de entrada a la cabina de Marley con violencia.

Su copiloto yacía en la litera, arropado hasta la cabeza.

— ¡Levántate! —gritó Barry—. Es hora de que hablemos.

Marley apartó la ropa y le miró, imperturbable.

—Te has atrevido a desobedecer mis órdenes, Albert. Te ordené que entrases en la cámara de esterilización, pero tú no lo hiciste... Ya sé por qué: eres un cobarde, incapaz de soportar la menor violencia física. Pero te voy a llevar a la cámara ahora mismo, aunque tenga que arrastrarte hasta allí —prometió decidido.

El copiloto le envió una mirada venenosa.

Odiaba a Barry Brown. Y su odio sólo obedecía a la circunstancia de que Brown era un hombre normal, viril, autoritario, apuesto y lleno de vitalidad, que atraía las miradas de las mujeres hermosas.

Pero había algo más: le odiaba intensamente porque Brown conservaba siempre el ánimo, el valor, cuando él, Marley, temblaba de espanto ante el peligro.

Mil veces había deseado morir, preso de la desesperación.

— ¡Levántate! —repitió el capitán.

Marley no se movió.

Le miraba fijamente, sí, con una expresión lejana y remota, como si nada le importase ya...

Entonces Barry se abalanzó sobre él, retiró la ropa de la cama y fue a agarrarle para sacarle de allí.

Pero Marley murmuró despacio, como recreándose en el efecto que sus palabras iban a producir en el capitán:

—Tócame... y morirás. ¡Adelante, arrástrame, golpéame..., lo estás deseando, lo adivino por tus facciones contraídas y tus ojos coléricos! —gritó, con una entonación repulsiva.

Barry se detuvo, rígido.

Sus ojos miraban, muy abiertos, la mano derecha de Marley, cubierta por un guante, excesivamente ancho.

— ¿Qué es eso? —exclamó—, ¿Por qué el guante?

— ¡Reza, capitán!... —murmuró Albert, rencoroso—. Reza. Ahora estás a tiempo.

— ¡Contesta! ¿Qué significa ese guante?

Marley dejó escapar un gemido.

—Significa que estoy listo —confesó—. Tú lo has dicho muchas veces: soy un cobarde. Me asustaba la cámara de esterilización y te desobedecí... No lo he dicho a nadie, porque no me pareció importante.

—Explícate —exigió Barry.

—Me produje un pequeño arañazo en un dedo con una de las secciones de acero empleadas en la reparación... Sé que no era importante, puesto que yo no había tocado directamente a Louis, pero...

—Sigue.

—Adiviné la verdad. Barrow estaba grave, quizá muriéndose. La curiosidad me impulsó a penetrar en la enfermería. Llamé a Louis en

voz baja y, al no obtener contestación, me acerqué a la mesa de operaciones. Alcé la sábana y palpé su pierna. Enfermé de horror al contemplar aquel cuerpo hinchado y fofo... Luego volví a mi cabina. En seguida comencé a sentir el efecto de la infección. Mi dedo...

Marley extrajo con esfuerzo el guante y descubrió su mano derecha hinchada, brillante, de color marrón oscuro.

Barry reprimió una maldición.

—Eres un insensato, Albert. No sólo te has puesto en peligro tú... Nos has complicado a todos por tu absurda cobardía —acusó, sin piedad.

Marley se incorporó bruscamente en la cama.

Estaba desencajado y tan pálido como un muerto.

— ¡Dime la verdad, Barry! ¡Voy a morir! ¿No es cierto? —chilló, aterrorizado.

—Es posible que te salves, Albert. Pero el doctor McLinn tendrá que *amputarte el brazo derecho* —declaró, sombrío.

— ¡No! —gritó el copiloto. Y se revolcó desesperadamente sobre el lecho.

Barry retrocedió, cerró la cabina y la aseguró con su cierre.

Murmuraba terribles maldiciones cuando empujó la escotilla de la cabina de navegación y llamó al médico:

— ¡McLinn! Ven conmigo.

Lyon abandonó su asiento y le siguió al pasillo.

—Marley se ha contagiado —confesó—. Se hizo una pequeña herida y luego penetró en la enfermería y palpó la herida de Barrow. Tiene la mano derecha hinchada... En fin, si queremos salvarle, tendrás que cortarle ese brazo.

McLinn le miró consternado.

— ¡Dios mío! —murmuró entre dientes. Y temblaba como un niño desamparado.

—Dios mío, Dios mío —repitió Brown, iracundo—. ¡No sabéis

otra cosa que implorar a ese Dios, como si la solución a nuestros males no estuviera en nosotros mismos, en nuestra inteligencia y nuestra voluntad! ¡Vamos, Lyon! Tienes que reaccionar. ¡Marley espera tu ayuda!

Pero el médico se sentía ya completamente desmoralizado.

— ¡No! —gritó estentóreamente, retrocediendo de un salto—. ¡No pondré mis manos sobre él! Tú mismo acabas de comprobarlo... ¡La más pequeña herida significa el contagio y la muerte! ¡Y yo no quiero morir!

— ¡Estúpido!" —exclamó el capitán—. Atraerás la atención de todos con tus gritos.

Súbitamente saltó sobre McLinn, le sujetó con la mano izquierda y le abofeteó salvajemente hasta que un poco de sangre brotó de los labios del médico.

Sin embargo, el brutal castigo obtuvo una reacción favorable.

McLinn se enjugó las gotas de sangre con el dorso de la mano, pestañeó, jadeó y le miró.

—Lo siento, Barry —murmuró pesaroso—. Creo que la tensión nerviosa de las últimas horas acaba de gastarme una mala pasada. Iré a por el material quirúrgico necesario.

Brown puso una mano sobre su hombro.

—Date prisa —le animó—. Y, Lyon..., siento haber tenido que golpearle —se disculpó con voz ronca. Porque no tenía por costumbre excusarse con nadie.

McLinn volvió un minuto después. Traía un equipo quirúrgico y dos trajes asépticos.

Recorrieron rápidamente el pasillo, se detuvieron ante la cabina de Marley y Barry manipuló el mecanismo de cierre.

Una exclamación de sorpresa escapó de sus labios al comprobar que el lecho estaba vacío.

— ¿Dónde estaba Marley?

McLynn chilló, despavorido.

Brown se volvió de un salto y miró hacia un rincón.

Marley estaba allí. Su cuerpo, encogido, presentaba las ropas convertidas en cenizas, todavía humeantes.

Se había electrocutado, apresando entre sus dedos muertos la toma de fuerza eléctrica de alto voltaje.

CAPITULO VIII

Ambos avanzaron, llenos de horror.

McLinn se inclinó sobre el cuerpo retorcido del copiloto y murmuró en un susurro:

—Está muerto.

Detrás de ellos resonó un alarido femenino.

Se volvieron a un tiempo, al borde del pavor ya.

Sharon acababa de penetrar en la cabina y contemplaba con expresión enloquecida el cuerpo chamuscado de Marley.

Tuvieron que reducirla, sujetarla e incluso abofetearla antes de que cediese su violento estallido de histeria.

Sus gritos espeluznantes debieron traspasar los compartimientos y llegar hasta la cabina de navegación, porque un instante después

Lylah y el ingeniero Thomas aparecieron en la puerta.

— ¿Qué... qué ha ocurrido? —balbució Thomas, tembloroso.

Barry dejó a Sharon en poder de McLinn y se volvió hacia ellos.

Comprendió que sería inútil seguir fingiendo ya. Era absolutamente preciso obligar a sus compañeros a afrontar la realidad.

—Conservad la calma... Barrow murió. McLinn y yo os lo ocultamos por vuestro propio bien, debéis comprenderlo. En cuanto a Marley... era un cobarde, debo decirlo, porque su ejemplo puede servirnos decisivamente. No obedeció mis instrucciones y penetró en la enfermería, donde se encontraba el cadáver de Louis Barrow. Se había producido una pequeña herida en un dedo, nada de importancia. Pero tocó a Barrow y... se contagió. Había una esperanza para él, pero no fue capaz de afrontar la solución para seguir viviendo: la amputación de su brazo derecho.

Lylah sollozó quedamente y se derrumbó.

Inmediatamente, Thomas se inclinó sobre ella, dispuesto a socorrerla, pero el grito de Brown le detuvo en seco.

— ¡No la toques!

— ¿Por qué? —preguntó Thomas, colérico.

—Es preciso que no haya el menor contacto entre nosotros..., me refiero al contacto físico. McLynn y yo expulsaremos al espacio el cadáver de Marley y esterilizaremos toda esta zona. Pero, oídme todos, ninguno de nosotros podrá tocar a otro.

— ¡Estoy harto! —barbotó Thomas, con una violencia indescriptible—. Harto de obedecerte, harto de que coartes nuestros más simples movimientos, de que lo juzgues y gobiernes todo.

Barry le dirigió una mirada penetrante.

—A pesar de ello seguirás obedeciendo... si no quieres morir. ¿Quieres mirar a Marley, tienes valor para mirar a la muerte que te aguarda si desobedeces mis órdenes? ¡Adelante, entra, contempla esos pobres despojos! —gritó.

Thomas se apartó, espantado.

—Está bien... Yo... seguiré tus instrucciones —tartamudeó.

—Eso esperaba —confesó Brown, sin disimular su suspiro de alivio—. Demuéstralo. Penetra de nuevo en la cámara de esterilización. Lylah y Sharon irán después. También McLinn y yo nos esterilizaremos cuando nos hayamos librado del cadáver de Marley. ¡Vamos!

Thomas se alejó, sumiso.

En cuanto a Sharon, contemplaba con los ojos fijos, desfavoridos, el cuerpo encogido de Marley.

Luego, poco a poco, fue serenándose. Y cuando Barry le ordenó que esperase en la puerta de la cámara de esterilización, obedeció sin rechistar.

—Empecemos, Lyon —propuso Brown, con voz sin inflexiones—. Deja el equipo quirúrgico y trae un saco de plástico para envolver el cadáver de Marley.

McLinn se tocó, inconscientemente, los labios con los dedos. Luego transpuso la puerta, evitando tocar el cuerpo desvanecido de Lylah.

Mientras se vestía su traje aséptico, Barry contempló en silencio el cuerpo de la muchacha de color.

«Pobre Lylah», pensó, compadecido. Y él mismo se sorprendió al comprender que la joven de color provocaba su compasión.

En verdad, parecía tan frágil ahora, tan desvalida... Si hubiera seguido su primer impulso, Barry la hubiera tomado en sus brazos y la hubiera llevado con sumo cuidado hasta su cabina.

Pero recordó que la cabina de navegación estaba vacía, que el «Transpace-15» navegaba a través del espacio con el simple gobierno del piloto automático... Y contuvo sus compasivos estímulos.

El doctor McLinn volvió con el saco de plástico.

—Terminemos cuanto antes —propuso, acongojado.

Tardaron apenas un minuto en depositar el cadáver de Marley en el envoltorio.

Barry se sorprendió a sí mismo con aquel pensamiento macabro que acudió a su mente:

«Me estoy convirtiendo en un enterrador...»

Alzaron el saco del suelo. El cuerpo de Marley era leve, ligero, y fue fácil transportarlo hasta la cámara de despresurización.

Pensaba en Marley, profundamente agobiado.

En Marley, el homosexual, en Marley, un ser humano al fin, que había vivido una existencia miserable, abandonado de todos, despreciado y escarnecido; en Marley, que jamás había conocido el amor. En Marley, finalmente, que creía en Dios con intensidad desesperada.

—Ojalá encuentres a Dios —exclamó en voz alta, ante la sorpresa de McLinn. Empujó el saco fuera y agregó—: Si es que Dios existe.

Había que volver rápidamente a la cabina de navegación, si querían impedir una catástrofe.

De todas formas, ¿no sería mejor morir en una violenta colisión desintegradora contra un aerolito que aguardar la muerte lenta y pavorosa provocada por aquel virus?

Apretó con fuerza las mandíbulas. Todo lo que estaba pensando era descabellado y absurdo: allí estaba Barry Brown, el indomable, que lucharía sin doblegarse hasta donde sus fuerzas resistiesen, pensó, orgulloso.

Lylah había vuelto en sí y aguardaba ante la cámara de esterilización la salida de Sharon.

Lylah miró a Barry, suplicante, como si con aquella mirada implorase un poco de consuelo.

Pero Brown encargó a McLinn que clausurase la cabina de Marley y se alejó hacia la cabina de navegación.

Gus Thomas contemplaba, desorientado y abatido, los aparatos del control de navegación.

—Déjame el sitio, Gus —pidió Brown. E insinuó—: Puedes irte a descansar ahora. Tal vez te necesite más tarde.

El ingeniero desalojó el puesto. Pero no abandonó la cabina.

—No sería capaz de dormir —confesó—. Permaneceré aquí,

cerca de vosotros... hasta cuando sea.

Barry se sintió impulsado a oprimirle un hombro, a tocarle, a transmitirle un poco de ánimo... Pero recordó que él mismo acababa de prohibir cualquier contacto físico entre los tripulantes y se detuvo con la mano en alto.

—En tal caso, ayúdame —exigió, más para ahuyentar los sombríos pensamientos de Thomas que por verdadera necesidad de ayuda—. Consígueme comunicación con el presidente Bradley, en Tierra.

El ingeniero obedeció, sin mucho ánimo.

Tardó demasiado en conseguir el enlace, pero finalmente el rostro de Richard Alexander Bradley volvió a aparecer en la gran pantalla de televisión.

—Le recibimos, señor. Adelante —advirtió Brown.

—Hay algunas noticias, capitán —se oyó la voz del presidente—. Acabamos de recibir una comunicación de Samoa. La policía local acaba de identificar a Young en el hombre que hace unos días alquiló una embarcación y abandonó la isla con rumbo sur. La policía local le busca ya, pero estamos disponiendo un «jet» especial, con una brigada de agentes especializados en este tipo de misiones. Volveré a comunicar con ustedes en cuanto tenga alguna noticia concreta.

Barry se sentía desalentado.

Samoa, la Polinesia... ¡Centenares de islas, millares de poblados aptos para servir de cobijo a un hombre inteligente como el biólogo Andrew Young!

«Podrían transcurrir años enteros antes de que le encontrasen», pensó.

Pero había que dominar el desaliento y seguir esperando.

—Gracias, señor —respondió—. Pero no puedo seguir ocultándole la verdad. Barrow y Marley han muerto ya. Compréndalo, nuestra situación es desesperada... ¡Es cuestión de vida o muerte!

El rostro sereno de Bradley reflejó la intensa preocupación que aquellas noticias llevaban a su ánimo.

—Tengan confianza en el Todopoderoso, capitán. Volveré a informarles —pronunció el presidente con voz trémula.

Barry ocultó el rostro entre las manos.

¡Dios, Dios, Dios todopoderoso!... Todo el mundo confiaba en Dios, todos consideraban a Dios como la panacea universal, como el remedio para todos los males.

De pronto, irguió la cabeza con brío y contempló, ensimismado, los instrumentos de control

— ¿Y si fuese yo el equivocado, si verdaderamente existiese un Dios bondadoso, omnipotente y justo? — se preguntó.

Se enjugó el sudor de la frente con un ademán violento.

Imposible creer en un Dios justo. Barry le había implorado en la soledad de la Base Experimental de Dione, cuando Sally y los niños agonizaban en medio de terroríficas convulsiones.

Pero Dios no le había tendido su mano. Por lo menos, eso pensaba.

Sharon, Lylah y el doctor McLinn volvieron a la cabina, pálidos y silenciosos. Y cada cual ocupó su puesto ante el frontis de navegación.

Pero permanecían en una actitud de profunda pasividad, abatidos, dominados por el desaliento y el temor.

A su pesar, Barry dirigió varias miradas rápidas y tensas en dirección a Lylah.

¡Era tan bella y agradable... si se prescindía del color de su piel!

Lylah le dirigió una tímida mirada. Y sus ojos se encontraron y una tímida sonrisa apareció en los labios de la mujer.

También Brown sonrió levemente. Pero luego volvió, tenso, a ocuparse en la vigilancia de los controles.

Era el día treinta de junio.

Les separaba de Boor una distancia de siete días de navegación.

Inquieto, Barry se preguntó si verdaderamente llegarían con vida

al asteroide.

CAPITULO IX

Sus músculos estaban relajados y su mente lúcida, cuando despertó.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Brown había tenido un sueño hermoso, consolador.

Soñó que Sally estaba junto a él. Ambos se encontraban tendidos en el suelo. Sally recostaba su espalda en el tronco de un roble y él descansaba la cabeza sobre sus muslos.

El suelo estaba cubierto por fino césped, verde y suave. Se oían los gritos de los niños, jugando a orillas del lago de los cisnes y la brisa soplaba leve haciendo susurrar las hojas del roble.

Sally le hablaba dulcemente y acariciaba sus cabellos. Y Barry sentía que su espíritu se liberaba de toda opresión, que su pecho se ensanchaba y sus fosas nasales se distendían, ansiosas, gozando con el simple y sencillo encanto que suponía respirar el limpio aroma de la hierba y de los cabellos de Sally...

Pero había algo curioso, inexplicable: cuando Barry se alzó sobre los codos para besar los labios de su esposa... ¡no eran aquéllas sus facciones, sino las de Lylah Harrison!

La inmensa sorpresa anímica le despertó.

No se sentía malhumorado. Por el contrario, se sentía traspasado por un sentimiento dulce y conmovedor.

Poco a poco, sus sentidos fueron sensibilizándose hasta alcanzar la completa conciencia.

Se encontraba en su cabina. El descubrimiento le obligó a incorporarse de un salto.

¿Quién le había llevado allí...? ¿Cómo había podido ocurrir?

Abandonó la cabina y corrió hacia navegación. Penetró como una tromba y dirigió una mirada a los tripulantes.

Estaban allí Lylah, Sharon y Thomas. Faltaba el doctor McLinn.

— ¿Qué sucedió? ¿Por qué he despertado en mi cabina? — preguntó, hosco.

Lylah se volvió hacia él.

—Te quedaste dormido sobre el panel, rendido de fatiga — confesó—. Yo te llevé a tu lecho.

Los ojos azules de Brown destellaron, coléricos.

— ¿Cómo pudiste atreverte? ¡Había ordenado que no hubiese ningún contacto entre nosotros! Y menos...

— ¿Entre tú y yo? —exclamó Lylah, desafiante—. Tranquilízate, no llegué a tocarte, no te contagiare... Utilicé guantes para colocarte sobre la carretilla eléctrica.

Brown se mordió los labios.

—No... quise ofenderte —confesó. Y preguntó en brusca transición—: ¿Hay noticias de Tierra?

—Sí. Young fue visto por la policía de Nuevas Hébridas. Consiguió huir, después de herir a dos de los agentes —informó Lylah, distante y despechada.

— ¿McLinn? —insistió el capitán.

—Se sentía muy débil y decidió irse a descansar hace unas cinco horas —era Thomas el que contestaba.

Barry ocupó el puesto del piloto, desconectó el automático y se sumergió en la tarea de realizar los cálculos de corrección de trayectoria.

El crono-almanaque electrónico señalaba las seis del día primero de julio.

Pensó con sarcasmo que en algunos países de Tierra comenzaba a amanecer en aquel momento. Pero en el infinito espacio todo era oscuridad, amenaza y angustia.

Por un instante, en su pensamiento surgió el recuerdo del sueño que había tenido media hora antes. Pero al no aceptar su ser consciente el desenlace final de aquel bello idilio, lo rechazó lejos de allí con brusquedad.

Una obsesión martilleaba su cerebro: ¡Young, Young, Young!

Tenían que encontrar a Young, era absolutamente decisivo que capturasen al biólogo.

En cierto modo, parecía absurdo que la tripulación del «Transpace-15» dependiese virtualmente de un loco, de un fanático, de un delincuente, como acababan de demostrar las últimas noticias recibidas desde la Tierra.

Un sabio... indeseable, pero que, probablemente, poseía el secreto que les permitiría sobrevivir.

Con todas las fuerzas de su corazón, Barry deseó que Young viviera, que las balas de la policía le respetasen, que todos obrasen con celo y cautela suficiente para conseguir que Young fuese capturado vivo.

—Estoy empezando a creer que la vida no es tan desagradable —murmuró, de improviso.

El mismo se espantó de su pensamiento. Y en seguida miró hacia sus compañeros, temeroso de que alguien hubiese podido escuchar sus palabras.

No había cuidado. Todos permanecían silenciosos, herméticos, encerrados en un fanal constituido por su angustia y por su miedo.

Miró nuevamente a Lylah, sin fuerzas para oponerse al rabioso anhelo de contemplar a un ser hermoso y... vivo.

Y entonces ella se puso a cantar.

Tenía una voz preciosa, vibrante, melódica, potente. Todos dirigieron hacia ella sus miradas, como hechizados, y sus oídos se tendieron, ávidos de escuchar su canción espiritual.

Escuchándola, Barry se sintió transportado hacia su barrio de Nueva Orleáns, donde habían transcurrido los años de su infancia.

Había crecido considerando a los negros seres inferiores e imperfectos. Desde pequeño, había presenciado palizas feroces a la gentes de color, tratos injustos, segregación, racismo...

Pero ¿no era la voz de Lylah tan pura y perfecta como la de un ángel?

Sintió un amargo regusto en los labios.

¿Es que empezaba a comprender que toda su vida había estado plagada de errores, de equivocaciones...?

—Tonterías —murmuró tercamente.

Pero no podía negar que le hechizaba la voz de Lylah entonando aquel «espiritual». Ni tampoco que le encantaba su rostro aniñado y fino, sus movimientos cadenciosos, llenos de gracia...

Pero, naturalmente, todo aquello poco significaba. Lo cierto era que Lylah y él nada tenían en común. Y jamás lo tendrían.

Lylah terminó de cantar. Sus ojos brillaban, húmedos de lágrimas. Y Barry sintió una imperiosa necesidad de alzarse de su asiento, acercarse a ella, acariciarla, consolarla, convencerla de que nada malo iba a ocurrir, de que llegarían sin novedad a Boor y emprenderían el regreso a la Tierra.

Desde luego, no puso en práctica aquellos locos impulsos. Hubiera resultado una ridícula exageración.

Durante las horas siguientes, Lylah siguió estableciendo contacto con Tierra. Pero no se recibió ninguna noticia esperanzadora; centenares de policías y fuerzas del Ejército buscaban al doctor Young entre el dédalo de islas de la misteriosa Oceanía.

Ahora, por supuesto, los policías se moverían con mayor precaución, con más lentitud en la operación de captura del fugitivo.

Porque no podían olvidar que Young había herido gravemente a dos de sus compañeros.

Barry podía imaginarse al biólogo, huyendo constantemente, dispuesto a defender su libertad y su vida como una fiera, rabiosamente, a sangre y fuego.

¿Qué posibilidades existían realmente de que Young fuera capturado vivo? No había que hacerse falsas ilusiones: Young provocaría a los agentes de la ley que, finalmente, dispararían a matar.

A las trece horas, Barry se alzó de su puesto y dijo a Thomas:

—Ocupa el gobierno, Gus. Volveré en seguida.

Lylah le siguió con la mirada. Había en sus ojos un absoluto interés, un amor y una atención sin límites hacia Brown.

Pero el capitán tenía sus propias preocupaciones, que se concretaban en la persona de Lyon McLinn.

El médico se había ido a descansar casi dos horas antes. Aun admitiendo un cansancio extremado, era muy extraño que McLinn durmiese durante doce horas seguidas, si se tenía en cuenta su lógico estado de nervios.

Un augurio funesto se fue abriendo paso en su mente, a medida que avanzaba por el pasillo de comunicación.

Abrió de un empujón salvaje la cabina del doctor y se precipitó dentro.

No había nadie a la vista. Ciertamente el lecho estaba en desorden y sobre la almohada se veían unas *manchas de color marrón oscuro*...

Pero aunque registró escrupulosamente las tres dependencias de la cabina, no encontró rastro del doctor.

Sus piernas se movían veloces cuando atravesó la pieza principal. En el pasillo, Lylah y él estuvieron a punto de sufrir un encontronazo. Pero ambos se detuvieron a tiempo, como si entre los dos se alzase una barrera de acero.

— ¿Qué...? —preguntó él.

—He visto destellar la luz-testigo de la cabina de Marley... Tú

ordenaste que nadie penetrase en ella. Pero es evidente que alguien acaba de entrar en ella —dijo Lylah, jadeante.

El rostro de Brown se ensombreció. Y cuando la mujer esperaba que él respondiese algo, Barry giró sobre sus talones y corrió pasillo adelante.

La puerta de la cabina de Marley estaba abierta.

Un sudor frío y denso afloró al rostro del capitán.

Pero se decidió: de un salto penetró en la cabina. Y vio al doctor McLinn, arrastrándose lentamente hacia el rincón donde había perecido electrocutado el copiloto.

— ¡McLinn! —rugió.

El doctor giró el cuello y le miró.

Barry notó que un escalofrío de terror le estremecía de pies a cabeza.

¡El rostro de McLinn aparecía completamente hinchado, brillante, monstruoso..., teñido de aquel repugnante tono marrón oscuro!

— ¡Lyon! —murmuró el capitán, desencajado—. ¡Tú también...! ¿Cómo pudo ocurrir?

— ¡No te... acerques! —gorgoteó McLinn, moviendo con esfuerzo los deformes e inflamados labios.

Brown se detuvo, rígido.

—Está..., está bien. No me moveré —prometió—. Pero, ¿cómo... cómo...?

— ¿No lo imaginas? Me abofeteaste... con el fin de... vencer mi espanto —gimió el médico—. Un poco de sangre... brotó de mis labios: se... había producido... una pequeña herida... Y luego... toqué con las manos desnudas el... cadáver de Marley para... comprobar su muerte. Debí tocarme los... labios... de forma inconsciente y...

Barry dejó escapar un estremecedor sollozo.

¡Lo recordaba, lo recordaba perfectamente, como en un filme de terror! Sí, la sangre había brotado de la boca de McLinn cuando él le

abofeteó para cortar su ataque histérico. Luego...

— ¡Lyon! —gimió—. Yo no podía suponer... Yo no quería hacerte ningún mal, sino...

—Lo... sé, lo sé. La culpa no es tuya... Fue el destino, que... nos obligó a descender sobre ese... maléfico planeta, Kaleenx... Para mí todo... está perdido ya...

— ¡Espera! Puede haber una solución —clamó el capitán.

—Aunque la hubiera, para mí sería tarde —respondió McLinn.

Siguió avanzando. Y Barry comprendió cuál era su destino: la toma de fuerza eléctrica de alto voltaje donde había perecido Marley.

Volvió, veloz, sobre sus pasos y corrió con todas sus fuerzas hacia el pasillo T.

Al ver a Lylah, que continuaba donde la dejase, gritó:

— ¡Avisa a Thomas! ¡Le necesito inmediatamente!

Penetró como una tromba en la cabina de servomandos y cortó el fluido eléctrico de alto voltaje.

En el pasillo A se reunió con Lylah. Thomas y Sharon corrían ya hacia ellos.

No tuvo que explicarles lo que ocurría, puesto que los tres penetraron en pos de él en la cabina de Marley y vieron a McLinn, que se encontraba en un rincón y miraba, consternado, la inútil toma de fuerza.

Sharon chilló tan agudamente que los tímpanos de Brown zumbaron, doloridos.

McLinn se había puesto en pie, apoyado en el muro, y avanzaba tambaleante hacia ellos.

—Eres... cruel, Barry. Quieres... prolongar mi agonía —pronunció con definitiva lentitud—. Pero yo... lo impediré.

— ¿Qué te propones?

— ¡Apartaos! —gimió el médico—. Si alguien... se acerca a mí... le arañaré..., le morderé... Y eso representará una... muerte horrible

y... dolorosa.

Thomas retrocedió de un brinco.

Sharon, Lylah y Barry le imitaron, despacio.

Así, en un lento y horripilante retroceso llegaron hasta la confluencia del pasillo principal A con el T.

McLinn cayó al suelo, rendido. Pero siguió por el pasillo T, arrastrándose penosamente.

Finalmente se detuvo ante la cámara de despresurización.

Todos le habían seguido, a cierta distancia.

Pero fue el capitán quien preguntó, aterrado:

— ¿Qué... qué te propones hacer, Lyon?

—McLinn se volvió hacia él. Su rostro había alcanzado una hinchazón pavorosa que casi enterraba sus ojos, convertidos en dos finas rayitas.

—Voy... voy a... terminar en seguida. ¿No fue el espacio infinito... el cementerio al... que arrojamos a Barrow y a... Marley? Yo también... navegaré a... través de él.

Súbitamente, Sharon se abrió paso entre Lylah y Thomas y se abalanzó sobre el médico.

Sus manos aferraban las ropas de McLinn y gritaba desesperadamente:

— ¡No puedes hacerlo, Lyon! ¡No puedes marcharte! Sin médico, ¡todos estaremos condenados a morir! ¡Ten piedad!...

Pero el médico la repelió bruscamente en un último esfuerzo y abrió la escotilla.

—Yo... nada puedo... hacer ya... por vosotros. Sólo... podéis confiar en Dios —murmuró.

Y penetró en la cámara de despresurización.

Todos quedaron helados de espanto cuando se oyó el silbido que anunciaba la salida del aire de la cámara.

Luego, sonó un chasquido. La escotilla exterior acababa de cerrarse.

Lyon McLinn navegaba ya hacia la eternidad.

CAPITULO X

Los cuatro supervivientes se contemplaron entre sí. Había angustia desesperada en sus expresiones.

La muerte latía en sus miradas huidizas, en su respiración contenida, en sus músculos contraídos.

En el suelo, Sharon sollozaba.

—Levántate —ordenó Brown, sin violencia—. Es necesario comprobar si McLinn te hirió, aunque sea levemente.

Sharon cesó de llorar y se puso en pie de un salto.

Sus manos palparon su cuerpo con susto y sus ojos vagaban extraviados.

— ¡No! —gimió—. ¡No es posible que yo...!

—Vamos, no hay que perder la serenidad —pronunció el capitán—. Lylah te acompañará a tu cabina. Debes desnudarte allí, por completo. Observa su piel escrupulosamente Lylah, averigua si tiene algún arañazo, un pequeño roce, una contusión. Pero no la toques.

—Pero...

—Obedece, Sharon. Si has resultado indemne, irás nuevamente a la cámara de esterilización. Y luego te reintegrarás a tu puesto. Ahora... sólo somos cuatro. Necesitaré de todos vosotros si queremos llegar a Boor —dijo Barry.

Sharon inclinó la cabeza y se alejó, sollozando quedamente. Lylah la siguió.

Thomas y Brown volvieron inmediatamente a la cabina de navegación.

—Comunicación con Tierra —encargó el capitán al ingeniero—. Tal vez tengan ya al doctor Young.

Thomas maniobró torpemente en los controles de telecomunicación.

Cuando consiguió el enlace, el rostro que apareció en la pantalla de televisión no era el del presidente Bradley, sino el del director del Servicio de Emergencias, Jack Towers.

— ¡Atención, «Transpace-15», atención! —se oyó su voz clara y vibrante.

—Recibimos —contestó Thomas.

—El señor Bradley está descansando, muy cerca de aquí. Pero tengo noticias importantes para ustedes. Uno de nuestros agentes ha logrado establecer contacto con el doctor Young en Port Moresby, Nueva Guinea. Young habló con la policía por teléfono. Parece dispuesto a entregarse... imponiendo ciertas condiciones.

— ¿Qué condiciones son esas? —inquirió Barry, esperanzado.

—Exige que se respete y garantice su vida. Pero hay más: pretende que se le conceda una amnistía absoluta. Es decir, que los magistrados sobresean la causa que se le instruyó.

— ¡Escúcheme, Towers! —gritó Brown—. Es absolutamente necesario conceder a Young lo que pide. Piensen que se trata de la vida de cuatro personas...

—Sí... —confesó Barry con voz cansada—. Lyon McLinn ha muerto ya. Ha sido algo horrible, escalofriante. Pero ahora lo

importante es obtener el indulto para Andrew Young.

—Vamos a establecer comunicación con el presidente de Estados Unidos, única persona que puede acceder a la petición de Young. Pero antes... queremos asegurarnos de que el biólogo puede darnos la ayuda urgente que necesitamos para ustedes. Sería estúpido poner en movimiento a millares de personas, para que Young se burlara de nosotros. Debe comprenderlo, Brown.

— ¡Lo comprendo todo! Pero piense que aquí, a bordo del «Transpace-15», cuatro personas están amenazadas de muerte. Pero no se trata sólo de nosotros: en Boor hay quince hombres que pueden morir de hambre si el «Transpace-15» se pierde y no lleva al asteroide su cargamento de alimentos, maquinaria y material... ¿Cuáles son sus intenciones, con exactitud?

—Remitir a Young la documentación redactada por el doctor McLinn. Para ello, tendremos que esperar una nueva llamada por parte del fugitivo, puesto que, aunque telefoneó desde Port Moresby, ignoramos dónde se esconde. Vamos a prometer a Young la inmunidad absoluta, pero antes debemos saber si él puede ofrecer el remedio que buscamos desesperadamente.

—Bien, pero ¡por todos los diablos!, dense prisa —estalló Barry, exasperado.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano. Tengan confianza —respondió Towers, muy impresionado.

La comunicación se cortó.

Thomas descansaba su cabeza sobre el panel, abandonado a toda esperanza.

—Vamos, Gus: ahora están muy cerca de Young —le animó Barry—. Si ese hombre conoce el... virus, podrá ofrecernos una solución. McLinn tenía un completo laboratorio a bordo. Si Young nos diera las instrucciones precisas para componer cualquier remedio, estoy seguro de que seríamos capaces de conseguirlo.

— ¡Al diablo con todo! —rugió el ingeniero, desalentado—. Algo me dice que estamos irremisiblemente atrapados, que no escaparemos de aquí. Aunque encuentren a Young, aunque él conozca perfectamente ese virus... será demasiado tarde ya, porque todos habremos muerto para entonces.

— ¡Calla! —gritó el capitán, encolerizado—. No vuelvas a hablar así. Sharon y Lylah volverán dentro de unos minutos... Si te oyeran decir esas cosas se asustarían. Escúchame con atención, Gus: sólo podremos escapar a la muerte si conservamos la serenidad. Si nos abandonamos a la desesperación, todo estará perdido.

Thomas ocultó el rostro entre las manos y no volvió a hacer el menor comentario. Pero Brown sabía ya que poco podría esperar de él en caso de necesitar su ayuda: el ingeniero estaba dominado por el desaliento.

Lylah y Sharon volvieron unos minutos después.,

Sharon parecía un tanto más tranquilizada y ocupó su puesto en el radar.

— ¿Qué...? —preguntó el capitán a Lylah.

—La he observado detenidamente. No he visto el menor rasguño. De todas formas, Sharon ha pasado por la cámara de esterilización. Creo que no hay motivos para alarmarse —confesó la mujer.

Barry la miró a los ojos, con admiración.

—Gracias por mantener tu entereza, Lylah, gracias por todo —dijo luego. Y desvió rápidamente su mirada.

Lylah sonrió, tímidamente.

«Es la primera vez que se comporta como un ser humano», pensó, complacida y confortada.

Se sentó en su puesto de operadora.

Una extraña dicha la embargaba. ¡Barry se había comportado amablemente con ella...!

Miró a Brown sin disimulos y le observó despacio, dominada por una entrañable emoción.

«Es duro, enérgico y autoritario, pero... ¡es tan atractivo! —pensó—. Ha adelgazado mucho... ¡pobrecillo!»

Pero también Lylah había perdido muchos kilos de peso desde que el «Transpace-15» se elevara sobre la deletérea superficie de Kaleenx. Como Thomas o Sharon, que se había convertido en una

mujer prematuramente envejecida en pocos días.

Seguía mirando a Barry. ¡Cuánto le amaba...!

Tanto, que si él pudiese devolverle unas migajas del amor que Lylah sentía, ella ya no temería ni a la misma muerte, que ahora se cernía sobre ellos como un pajarraco agorero y amenazador.

Los recuerdos de Lylah volvieron atrás en el tiempo. Rememoró la primera vez que vio a Barry Brown.

El acababa de volver de la Base Experimental de Dione, donde toda su familia había perecido en dramáticas circunstancias.

Barry había sido internado en una clínica de recuperación. Cuando fue dado de alta por los médicos, Lylah trabajaba como operadora de telecomunicaciones en la Base de Gimbell, en California.

Le vio en la cafetería. Demacrado y tan pálido, bebía incansablemente un whisky tras de otro.

Lylah conocía el motivo de su desesperación. Y a partir de aquel momento, no pudo evitar sentirse traspasada por un poderoso interés afectivo, dirigido a Brown, que tanto había sufrido.

¿Fue un sentimiento de compasión, inicialmente? Si primero fue compasión, luego Lylah comprendió que amaba apasionadamente a Barry.

Pocos días después, Barry solicitó un puesto de piloto-ayudante en las astronaves de la Ruta del Uranio.

Lylah había mantenido muchas conversaciones Tierra-astronave con él. Brown se mostraba siempre inexpresivo y lejano.

Ni siquiera sabría explicarse Lylah en qué momento tomó aquella decisión: presentar su solicitud como operadora de telecomunicaciones para ser destinada a la «Transpace-15».

Arthur Dovermans, seleccionador de personal, le advirtió fríamente de los peligros que entrañaban los viajes a Boor.

— ¿Se refiere a la radiactividad del uranio? —preguntó ella.

—No. El mineral viaja en compartimientos estancos, de plomo, que impiden que la radiación alcance a los tripulantes. Sin embargo, la colisión con un aerolito puede, aunque remotamente, provocar una

reacción en cadena. Además, el viaje es arriesgado por numerosos conceptos: las zonas magnéticas, que pueden averiar los instrumentos de control, por ejemplo. Tres de nuestras astronaves se perdieron para siempre, de esta forma, en el espacio infinito. Jamás volvimos a saber de sus tripulantes...

—Le agradezco su interés, señor Dovermans. Sin embargo, insisto en mi solicitud —respondió apasionadamente Lylah.

Sólo le guiaba un impulso: permanecer cerca del hombre que amaba.

Al fin consiguió hacer realidad su deseo. Y éste era su segundo viaje a Boor, en compañía de Barry Brown.

Barry había adivinado pronto los sentimientos de Lylah Harrison. Otro hombre cualquiera se hubiera sentido, cuando menos, envanecido.

Barry, por el contrario, decidió demostrarle prácticamente a su operadora de telecomunicaciones que su amor jamás sería correspondido.

Se había mostrado duro y brusco con ella, la había humillado y escarnecido... tal vez esperando que Lylah se decepcionase. Naturalmente, Brown no podía calcular la intensidad del sentimiento que la mujer experimentaba hacia él.

—Le amo con toda mi alma, infinitamente —tenía que confesarse Lylah, que se enfurecía a veces cuando Brown demostraba de alguna forma su decidido desprecio por las gentes de color, a los que siempre había considerado seres inferiores.

Ahora Barry se había mostrado amable, humano. ¿Es que él empezaba a amarla?

Lylah lo deseaba con toda su alma, con todos sus sentidos. Pero sabía que no debía hacerse ilusiones: Brown no era de los hombres que alteran sus opiniones de la noche a la mañana.

Si él llegase a amarla... Lylah se estremeció de gozo.

«Sería maravilloso —pensó—. Nada me haría más feliz que poder eliminar la amargura de su corazón.»

Algo la arrancó dolorosamente de su ensueño: Thomas acababa

de lanzar un alarido alucinante.

Lylah abrió los ojos y vio a Sharon en tierra, desmayada.

CAPITULO XI

Thomas se abalanzó sobre Sharon y la incorporó, sin dejar de sollozar desgarradoramente.

— ¡Amor mío, amor mío! —gemía de forma impresionante, sin dejar de acariciar los rubios cabellos de Sharon.

Barry se irguió y sus ojos azules fulminaron a Thomas con una mirada penetrante y colérica.

— ¡Estúpido! —gritó, sin poder contenerse—. ¡Te había advertido que no la toques!

Avanzó hacia ellos.

Lylah seguía la escena con los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¡Apártate! —ordenó el capitán al desesperado Thomas.

El ingeniero le miró con fiereza.

— ¡No! —bramó—. No la abandonaré. ¿Ignoras que yo amo a esta mujer con todas mis fuerzas? ¡No puedo dejarla en el suelo, no puedo abandonarla cuando ella me necesita! ¡No puedo...!

Barry dulcificó su expresión.

—Por favor, Gus —pidió—. No es un capricho, lo sabes bien. Si Sharon está contagiada...

Gus le miró con fiereza.

—Si ella muere, todo me dará igual —confesó, tan desencajado que daba pena.

Barry se pasó una mano por los ojos.

—Está bien, no desorbitemos las cosas. Sharon debe estar fatigada, rendida por las emociones... Tal vez, sólo necesita descanso —reflexionó.

Thomas y Lylah suspiraron, esperanzados.

Entonces el capitán indicó:

—Tómale el pulso, Gus. Cuenta sus pulsaciones.

Transcurrieron los segundos, tensos, agobiantes.

Luego Thomas murmuró:

—Su corazón late muy despacio. Apenas a treinta pulsaciones por minuto. ¿Crees que...?

—No puedo creer nada. Será mejor que la lleves a su cabina —respondió Brown.

El ingeniero miró a Sharon tiernamente y se irguió.

Cuando hubo abandonado la cabina de navegación, Brown se encaró a Lylah.

— ¿Qué clase de examen fue el que hiciste a Sharon? —preguntó, malhumorado—. No hay duda: los síntomas dicen que Sharon está contagiada por ese peligroso virus...

— ¡Dios santo!—exclamó Lylah—. Puedo jurártelo, Barry: la reconocí íntimamente, hasta convencerme de que ella no presentaba arañazo ni contusión alguna.

Brown se agitó, preocupado, de un extremo a otro de la cabina.

—No lo comprendo... —murmuró, como si hablase consigo mismo—. Según el estudio que McLinn realizó, el virus sólo se transmitía a través de contagio de sangre...

Se detuvo bruscamente junto a Lylah, tan cerca que una de sus manos rozó los cabellos de la mujer.

—Lylah... —dijo—, ¿miraste sus cabellos, el cuero cabelludo?

Ella se volvió a mirarle, alarmada.

—No... ¿Cómo imaginar que en los cabellos...? —murmuró.

—Ojalá todo sea una falsa alarma —exclamó él, sombrío. Y añadió—: Quédate aquí. Iré a ver a Sharon.

Lylah le detuvo cuando ya Brown estaba en la escotilla.

—Por favor, Barry, vuelve pronto —susurró—. También yo me siento aterrada.

— Volveré en cuanto pueda —prometió él.

En la cabina de Sharon, Gus Thomas yacía junto a ella. Cuando Barry entró, el ingeniero besaba desesperadamente a la mujer, como si sus caricias poseyeran el poder de alejar el mal.

Barry se detuvo, rígido.

—Eres un insensato, Gus. No es momento apropiado para esos arrebatos amorosos, sino para intentar reanimar a Sharon —advirtió, severo.

Gus se alzó del lecho, cabizbajo.

—Creo... creo que tienes razón. Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó, desorientado.

Brown no pudo impedir un vago sentimiento de compasión hacia aquel hombre... ¡Parecía tan abatido y desesperado!

—Ve a la cámara de esterilización. Yo iré a la enfermería y buscaré un reanimador cardíaco para Sharon —propuso.

Salieron juntos.

Barry penetró en la enfermería, se enfundó un par de guantes

asépticos y volvió a la cabina de Sharon con una jeringuilla hipodérmica llena de tónico cardíaco.

Puso la inyección en el brazo de la mujer. Sharon estaba fría, yerta, pero alentaba.

Entonces Brown se inclinó sobre ella y apartó sus rubios cabellos para comprobar si tenía alguna lesión en el cuero cabelludo.

Retrocedió espantado. ¡Un abundante mechón de cabellos se había desprendido del cráneo de la mujer!

Soltó los cabellos, aterrado.

Pero le fue imposible apartar sus ojos de aquella mancha marrón oscura que aparecía en el cráneo de Sharon, justamente donde se habían desprendido los cabellos.

Respingó al escuchar a su espalda aquel alarido estremecedor.

Thomas le había desobedecido. No había penetrado en la cámara de esterilización.

Ahora contemplaba el mechón de cabellos caído en el suelo, con expresión enloquecida.

De repente, Thomas atacó a su capitán.

— ¡Canalla, asesino! —rugía, descompuesto—. ¿Qué le has hecho a Sharon, cómo te has atrevido a...?

Barry trató de contenerlo. Pero Gus tenía los nervios en tensión y poseía una fuerza increíble.

Sobre el rostro de Brown cayó una verdadera lluvia de puñetazos, patadas, arañazos...

Finalmente, el capitán cayó al suelo atontado, mientras Thomas se abalanzaba sobre Sharon y la abrazaba y la besaba, enloquecido.

— ¡Está muerta, muerta! —chilló de repente.

Barry abrió los ojos y vio las manos de Thomas, manchadas de marrón oscuro.

— ¡Loco! —gruñó, rabioso—. Tus nudillos debe estar despellejados de los golpes que me has asestado... ¡Te contagiarás!

Thomas dejó de gritar.

Se había separado del cuerpo de Sharon y avanzaba lentamente hacia su capitán.

— ¡Tú! —chilló como un energúmeno—. ¡Tú eres el culpable...! ¡Jamás debiste descender la astronave sobre el maldito Kaleenx! Todos sabíamos que allí estaba la muerte, pero tú, Barry Brown, eres el dios de la muerte, el que desprecia a todos los que demuestran debilidad, a los que sentimos como personas...

—Desvarías, Gus —respondió Barry, haciendo un es fuerza por incorporarse—. He hecho lo que debía. No podía oponerme a las instrucciones del Servicio de Emergencias. Créeme, nada hubiera ocurrido en Kaleenx si Louis Barrow no se hubiera asustado cuando brotó la llamarada. La mala suerte...

Pero Thomas se abalanzó de repente sobre él.

— ¡Te mataré, te mataré! —gritaba—. Sé que todos vamos a morir, pero tú nos precederás en el camino hacia el infierno, Barry.

Brown consiguió detenerle con un puñetazo en el mentón. Pero Gus pareció reaccionar y de nuevo saltó sobre él.

Sus manos emponzoñadas hicieron presa en la garganta del capitán.

Entonces apareció Lylah.

De una sola ojeada contempló la escena: Sharon, inmóvil, con su cráneo sin cabellos; Thomas, dominado por la locura, a punto de estrangular a Barry.

Como una hembra en celo, arremetió contra el ingeniero y cabalgó sobre su espalda, golpeándole en el cráneo. .

Las manos del ingeniero aflojaron la presión y Barry hinchó sus pulmones de aire.

Rápidamente se incorporó. Alzó la rodilla derecha y asestó un salvaje rodillazo al rostro de Thomas.

Gus cayó al suelo y quedó inmóvil.

Barry se apoyó en el muro, jadeante, casi asfixiado.

Miró a Lylah, con sus cabellos revueltos, tan pálida y excitada. Y sintió una admiración sin límites por ella.

— ¿Sharon? —preguntó Lylah, acongojada.

—Está contagiada. Sus cabellos se desprendieron del cuero cabelludo cuando traté de examinarla. En cuanto a Gus... creo que ha perdido la razón —confesó, sin respiración.

Cuando se hubo recuperado un tanto se aproximó a Sharon, puso una mano sobre su pecho y se volvió a Lylah, demudado.

—Está muerta —dijo. Y se sintió desesperado. Porque se sabía ya impotente para luchar contra la muerte.

CAPITULO XII

Lylah le miró y vio las ropas desgarradas de Barry, los arañazos que sangraban abundantemente en sus dos brazos.

— ¡Dios mío! —gimió ella—. ¡Estás herido...!

Brown lo sabía, porque sentía el escozor de su piel lastimada. Pero no quiso darle importancia.

Pero Lylah le tomó por un brazo, y le arrastró hacia la enfermería.

—Hay que desinfectar rápidamente, Barry. Thomas... había

tocado a Sharon y...

Los sollozos le impidieron seguir hablando.

Sin embargo, buscó, animosa, en su armario y sacó antisépticos y vendas, con los que curó a Brown rápida y habilidosamente.

—Te inyectaré antibióticos —propuso luego—. No sé si los antibióticos tendrán algún efecto sobre ese maligno virus, pero debemos tener confianza.

Barry alzó los ojos y la miró. Se sentía emocionado, pero trató de luchar tercamente contra el sentimiento que comenzaba a tomar fuerza desbordante en su corazón.

Y entonces advirtió el párpado morado de Lylah.

— ¿Lo has visto? —exclamó, aterrado—. Tu ojo derecho comienza a cerrarse...

—Gus me derribó de un codazo que me dejó momentáneamente cegada. Pero no creo que sea importante —respondió ella, sin darle importancia.

—Puede serlo —dijo Barry, nervioso—. Te bañarás el ojo en un desinfectante apropiado y te inyectaré antibióticos. Es todo lo que podemos hacer.

Le temblaban las manos cuando tomó el moreno y torneado brazo de Lylah y hundió la aguja hipodérmica en los músculos.

Se había desprendido ya de los guantes, manchados, y sus dedos podían comprobar el fino tacto de la piel de ella.

—Ya está —murmuró, brusco.

— ¿Qué vamos a hacer con Sharon, con Thomas? —preguntó Lylah, desorientada.

—Ella ya no nos necesita. Tendremos que ocuparnos ahora mismo de Gus. Desinfectaremos sus heridas, le curaremos, le inyectaremos antibióticos... Ojalá sea tiempo aún —exclamó, sombrío.

Abandonaron la enfermería.

— ¡Dios mío! —murmuraba Lylah, mientras avanzaban por el largo pasillo A—. Jamás imaginé que esta astronave resultara tan fría,

tan desolada y solitaria...

Barry no dijo nada.

En el fondo de su corazón pugnaban por brotar las palabras de consuelo, quizá las caricias.

Pero para ello, para dar rienda suelta a sus sentimientos, debería dar un enorme paso mental. Y ello le resultaba tan embarazoso...

Penetraron en la cabina de Sharon.

Lylah, que caminaba en vanguardia, se detuvo, rígida, a la entrada y dejó escapar un grito:

— ¡No está! ¡Sharon ha desaparecido!

Brown murmuró un juramento en voz baja, la apartó y penetró en la cabina.

El lecho estaba vacío.

—Gus ha desaparecido también —anunció.

Y de pronto tuvo un presagio... ¿Había decidido Thomas, enloquecido, seguir el camino del doctor McLinn?

Salió a toda prisa y corrió hacia la confluencia del pasillo T.

No se había equivocado: Gus Thomas avanzaba despacio hacia la cámara de presión, llevando en brazos el cadáver de Sharon.

La cabeza de la mujer se bamboleaba al compás de los pasos del ingeniero. *Y de aquella cabeza se habían desprendido ya todos los cabellos.*

— ¡Detente, Gus! —gritó—. ¡Tienes que escucharme! ¡Para ti todavía hay esperanzas...!

Pero el ingeniero no le oyó o simuló no oírle.

Antes de que Barry pudiera alcanzarle, Thomas había abierto la cámara de despresurización y la escotilla oblonga se cerraba tras ellos.

Barry retrocedió, desalentado.

En el pasillo aguardaba Lylah, que le dirigió una mirada

extraviada.

—Volvamos a la cabina de navegación —propuso el capitán.

Pero cuando Lylah se separó del panel en el que se apoyaba, sus rodillas se doblaron y estuvo a punto de caer.

Barry la sostuvo y la apretó contra sí.

En navegación, la depositó suavemente en su asiento y él ocupó el de pilotaje.

Leyó los aparatos de información y control y advirtió que el «Transpace-15» había alterado levemente su derrota.

Rectificó la trayectoria y se volvió a Lylah para indicarle que comunicase con tierra.

Ella permanecía de bruces sobre el panel de instrumentos, absolutamente rendida.

—Debes ir a descansar —propuso Barry—. Te encuentras al límite de tu resistencia.

Pero ella se irguió y gritó:

— ¡No! ¡No quiero separarme de ti! Estoy segura de que enloquecería en la soledad de mi cabina... ¡Por favor, Barry!

Brown se sintió impresionado por la desesperación que latía en sus palabras.

—De acuerdo, quédate. Confieso que... yo tampoco sería capaz, en estas circunstancias, de permanecer encerrado en una cabina —dijo.

El semblante de Lylah se animó. Una tímida sonrisa distendió sus carnosos labios.

—Barry... —murmuró, estremecida de dicha—, Al fin atisbo en ti un poco de humanidad.

En el panel destelló una luz verde.

—Hay comunicación con Tierra —dijo él, con los ojos brillantes—. ¡Conecta!

En la pantalla apareció el rostro de míster Bradley.

—Hay buenas noticias, capitán Brown —informó el presidente del Consejo de Seguridad—. Nuestros agentes han vuelto a establecer contacto con el doctor Young.

— ¡Por favor, siga hablando! —pidió Barry, esperanzado.

—Young ha examinado la documentación reunida por el doctor McLinn. Reconoce en el virus una de las especies de patógenos activísimos que él mismo investigó en Kaleenx hace algunos años, en uno de los primeros viajes a Boor.

— ¿Conoce algún remedio? —inquirió el capitán, excitadísimo.

Bradley carraspeó.

—Eso asegura él. Dice que puede salvar a la tripulación del «Transpace-15», fácilmente, pero...

— ¿Sí?

—No se entregará ni revelará su secreto antes de tener la seguridad de que el presidente de los Estados Unidos le ha indultado —respondió Bradley.

Brown se pasó una mano por los alborotados cabellos.

—Señor Bradley —pronunció con lentitud—, ¿qué esperan para conseguir que el presidente firme el indulto?

Bradley carraspeó, alterado.

—Usted ya sabe lo que son las leyes, capitán. El secretario de Justicia debe remitir su informe al fiscal general y éste elevarlo al presidente de la nación. Son los trámites de siempre. Sin embargo, confío en que dentro de unas horas podremos transmitir la noticia de indulto a través de todas las cadenas de televisión del mundo. Young lo oirá y se entregará. Luego...

—Luego posiblemente sea tarde ya, señor —exclamó Brown, con profundo pesar.

Y le informó de la muerte de Sharon Ganing y de la loca resolución del ingeniero Thomas.

—Señor, no pido clemencia por mí —agregó, excitándose

momento a momento—, pero sí para la única persona que me acompaña en esta nave solitaria, sólo comparable a un ataúd volante. Pido clemencia para Lylah Harrison. Por favor, señor Bradley, ¡hable directamente con el presidente, consiga el indulto de Young cuanto antes!

Incluso a través de la pantalla de televisión podía advertirse perfectamente el brillo de los fatigados ojos de Richard Alexander Bradley.

—Ya hablé con su secretario personal, capitán. Pero me haré escuchar por el presidente aunque ello me cueste ser destituido de mi cargo —prometió.

La comunicación se cortó.

El silencio flotó, denso, en la cabina de navegación.

Una somnolencia brutal asaltó a Barry Brown.

Sus párpados pesaban como plomo y todo su cuerpo se dejaba vencer por el sopor.

¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Aquello no le importaba, pero se sentía ya absolutamente extenuado, al límite de su humana resistencia.

Abrió los ojos, sobresaltado.

Lylah estaba junto a él y le besaba suavemente en la mejilla.

— ¡Apártate! —gritó Barry, alarmado—. ¿Es que no comprendes que debemos tomar precauciones contra el mal?

Entonces advirtió que el ojo derecho de Lylah se había cerrado por completo.

Y el párpado estaba teñido de un horrible color marrón oscuro.

De repente, Barry la tomó por la cintura y la besó suavemente en los labios.

—Perdóname —murmuró con voz ronca.

Pero ella le acarició el rostro suavemente. Con la caricia de Barry parecía haber revivido.

— ¿Perdonarte? —dijo en un susurro—. Acabas de darme el mejor regalo que he recibido en mi vida... Por otra parte, no puedo exigirte que reniegues de tus principios, de tus creencias acerca del racismo, ni borrar la aversión que siempre has demostrado hacia las gentes de color.

Brown desvió la mirada.

— ¡Lylah, Lylah! —gimió con voz profunda—. Empiezo a comprender que eres una persona, que no me importa el color de tu piel, que siempre he estado profundamente equivocado.

Las palabras del hombre traspasaban el corazón de Lylah... ¡Era tan sorprendente, tan maravilloso escuchar aquellas frases en labios del orgulloso e imperturbable Barry Brown!

Introdujo sus dedos en los cabellos masculinos experimentando un placer infinito.

—Barry, ya no puedo ocultar que te amo desesperadamente —susurró al oído del capitán—. Hace mucho tiempo que te amo. Debo decirte que si estoy aquí es porque me enamoré de ti, cuando te conocí en Gimbell.

Brown elevó los ojos y murmuró:

—Lo suponía. Y ello puede costarte la vida.

No quería decirle la verdad a ella: Lylah estaba ya contaminada. Y probablemente, también lo estaba él o terminaría contagiado, unas horas después, quizá.

Íntimamente abrazados, Barry apretó su pecho contra su rostro. Un momento después, el hombre lloraba fluidamente, sin violencia.

Lylah pronunció a su oído tiernas palabras de consuelo.

Y finalmente, hizo la pregunta:

— ¿Me amas, Barry? ¿Sientes un poco de amor por mí?

Brown la separó un poco y envió su mensaje al único ojo por el que ella podía ver.

—Más de lo que nunca hubiera podido imaginar, Lylah —confesó, sin vergüenza ya.

Lylah reía y gemía, estremecida de gozo y de desesperanza.

Finalmente se separó de él y fue hasta su puesto, apoyándose en los paneles de instrumentos.

Tropezó y cayó al suelo.

Barry abandonó su asiento, corrió hacia ella y la alzó del suelo.

— ¡Lylah, amor mío! —exclamó—. ¿Te has hecho daño?

—Oh, no; no es nada —respondió la mujer con voz dulce—. Pero creo que no voy a poder seguir ocultándolo más.

Los músculos de Brown se tensaron.

— ¿A qué te refieres? —preguntó, en vilo.

—No veo nada, Barry. Mi visión comenzó a disminuir desde que Thomas me golpeó en el ojo. Al principio veía perfectamente con el ojo izquierdo. Pero hay como un velo que me impide percibir lo que hay a mi alrededor. Lamento que haya sucedido esto. No voy a poder servirte de mucho, de aquí en adelante. Tendrás que operar tú los controles de telecomunicación —explicó, como disculpándose.

— ¡Lylah, es terrible! —gimió él, aterrado—. Daría mi pobre vida por devolverte la vista, por poder ofrecerte una esperanza...

—Me has dado algo mil veces más valioso, Barry —respondió Lylah, con voz trémula—. Me has dado tu amor. He conseguido lo que tanto había ansiado a lo largo de años enteros. Ahora soy feliz.

— ¿Cómo puedes serlo? Estamos a las puertas de la desesperación y tú confiesas que eres feliz... ¡No lo entiendo! —exclamó él, estupefacto.

Ella buscó a tientas una de sus manos y la oprimió con fuerza.

—Verás, Barry. Conocía el peligro que desafiaba volando en el «Transpace-15» y sabía que podía perder la vida. Por otra parte, siempre he estado sola y triste. Ahora te tengo a ti y tu proximidad, tu voz, tu olor personal llena todo el vacío que antes sentía. Verdaderamente, puedo afirmar que soy feliz. Lástima que...

No dijo por qué sentía lástima, pero era evidente: cuando al fin encontraba un estímulo para seguir viviendo, la muerte rondaba muy cerca.

Barry se arrodilló a sus pies.

- así, prendidas las manos y cerrados los ojos, él suplicó:

—Quiero saber muchas cosas de ti, Lylah. Olvidemos todo lo que nos rodea y háganme de ti. Me siento ansioso —rogó.

Lylah sonrió.

Y comenzó a hablar sin detenerse.

Narró su infancia triste y mísera en el *ghetto*, su adolescencia llena de privaciones y renunciaciones, su esfuerzo por superarse, estudiar, conseguir un puesto honorable en la vida. Habló también de su vida vacía, sin amor, ni afectos, de su afición a la música...

No había reproche en sus palabras, no existía ni el resentimiento ni la soberbia.

Oyéndola, con los ojos cerrados, Barry se sintió embargado por una sensación de laxitud y de felicidad.

Luego se oyó el conocido «bip-bip» musical que acompañaba al destello verdoso del «testigo» de comunicaciones láser.

Barry abrió los ojos.

— ¿Has oído, Lylah? —exclamó con gran excitación—. ¡Tenemos comunicación! ¡Quizá no esté todo perdido...!

Lylah suspiró hondamente.

Y Barry fue a incorporarse para realizar la conexión.

Un gemido salió de sus labios.

— ¡Mis brazos! ¡No puedo moverlos, Lylah! Ni siquiera los siento... Es... como si fueran de corcho...

CAPITULO XIII

El desaliento le dominó.

Pero Lylah le animó inmediatamente:

— ¡Arriba, Barry, por misericordia! Tienes que conseguirlo... ¡puedes hacerlo!

—Pero... no puedo elevarlos, ni apoyarme en ellos —clamó él, despavorido.

—Si no puedes mover los brazos, podrás servirme de tus piernas —gritó ella—. ¡Vamos, levántate! ¡Es necesario conectar con Tierra, Barry! En ellos está nuestra última esperanza... ¡Arriba, Barry!

Recostada la espalda en el panel, fue incorporándose poco a poco hasta ponerse en pie.

— ¿Cómo... cómo podré realizar la conexión? —gimió.

—No te desalientes, Barry —respondió ella, animosa—. Tus ojos guiarán a mis manos. ¡Vamos, oriéntame!

Así, formando un grupo perfectamente ajustado, consiguieron conectar el rayo láser y obtener la comunicación.

En la pantalla apareció el rostro del viejo presidente del Consejo de la Energía.

Y Bradley parecía transfigurado.

— ¡Atención, «Transpace-15», atención! Tenemos las mejores noticias para ustedes. El doctor Young ha sido trasladado en un «jet» a Sídney. Vamos a enlazar con Australia. Oigan con atención las instrucciones de Young. Y que el Cielo les proteja.

La imagen de Bradley fue sustituida por la de un hombre barbudo, de ojos hundidos y rostro demacrado.

—Soy Andrew Young —pronunció con voz grave—. ¿Me reciben a bordo del «Transpace-15»?

—Habla Barry Brown, capitán de la astronave. Recibimos su imagen muy clara y su voz suena fuerte. Adelante —respondió Brown.

—Bien. El virus que mató a sus compañeros fue aislado por mí en Kaleenx y cultivado en la Tierra, donde conseguí cepas no activas. Su nombre en mi nomenclatura secreta es Kal-002. La vacuna que obtuve es «Ka- lol», de la cual yo mismo me servía cuando me provoqué la infección premeditadamente...

— ¡Siga, siga, por favor! —le acució Barry, muy agitado.

—El «Kalol» detiene rápidamente la virulencia hasta una total recuperación. Los tejidos afectados pueden regenerarse posteriormente con facilidad, merced a un tratamiento celular adecuado —siguió Young.

El abatimiento asaltó nuevamente a Barry.

—Un fabuloso trabajo, doctor Young —dijo—, pero inútil en nuestro caso. Jamás viviremos el tiempo suficiente para recibir el «Kalol».

—No desesperen. Ustedes me han salvado la vida, aunque sea indirectamente. Y yo debo salvar las de ustedes. ¿Cuántos quedan a bordo?

—Dos. Lylah Marison, la operadora de telecomunicaciones y yo mismo. Pero ella ha perdido la visión y yo tengo los dos brazos paralizados —respondió Barry desesperado.

—Hay esperanzas. Dejé en la unidad de extracción de Boor un lote completo del «Kalol». ¿Cuántas horas de viaje les restan para descender sobre Boor? —preguntó el biólogo.

Barry dirigió una mirada al crono-almanaque.

—Hoy es ocho de Julio. Llegaremos dentro de unas sesenta horas, aproximadamente —informó.

Young reflexionó durante unos instantes.

—Escúcheme, Brown: no voy a negarles que la situación es crítica. Pero vamos a intentarlo todo. Le diré algo importante: el virus Kal-002 que les afecta no puede perdurar ni multiplicarse por debajo de los veinticinco grados centígrados de temperatura. Si se aplican hielo sobre las zonas afectadas más próximas al corazón y al cerebro, conseguirá detener el avance del mal —declaró.

— ¿Está seguro? —pregunté Barry, esperanzado.

—Hagan lo que les digo. De todas formas, deben luchar por sobrevivir. Les deseo toda la suerte del mundo, amigos. Rezaré por ustedes.

La imagen de Young fue sustituida por la del presidente Bradley.

— ¿Brown? No se preocupe por el aterrizaje en Boor ni ninguna otra cosa. Coloque el sistema de tele-control y nosotros nos ocuparemos de guiar el «Transpace-15». En cuanto lleguen a Boor, el doctor Parker les estará aguardando para aplicarles el «Kalol». Voy a cortar la comunicación ahora para que puedan seguir las instrucciones de Young. Seguiremos comunicando con ustedes periódicamente. Buena suerte.

La comunicación cesó.

— ¡Hielo! —dijo Barry, debatiéndose entre el desaliento y la fe—. Podemos fabricar toneladas de hielo. Pero ¿cómo vamos a poder aplicarnos el hielo si tú estás ciega y yo no puedo mover los brazos?

—Ten ánimo, amor mío —vibró la voz de Lylah—. Yo te ayudaré a ti, tú me ayudarás a mí. Acércate, te abrazaré y caminaremos hasta la bodega. ¡Vamos!

A Brown, las piernas le pesaban como plomo, pero todavía podía moverlas.

En el almacén de abastecimiento recogieron una carretilla eléctrica, una chaqueta de plástico y dos grandes depósitos termoestables de poliuretano.

Era curioso comprobar lo perfectamente que se compenetraban a pesar de sentirse tan disminuidos físicamente: Lylah dirigía la carretilla siguiendo las instrucciones de Barry. Y así alcanzaron sin tropiezos la bodega, pusieron en marcha los congeladores y fabricaron en pocos minutos más de cien barras de hielo, que picó fácilmente la máquina tronzadora.

Lylah llenó los dos depósitos termoestables y volvieron a la cabina de navegación.

—Te pondré esta chaqueta de plástico y anudaré los puños — anunció Lylah—. Luego meteremos trozos de hielo por las axilas y tu piel se enfriará uniformemente. De cuando en cuando desataré los puños de las mangas con el fin de que tus brazos no se congelen, y tornaré a echar más hielo, después.

—Eres muy valerosa —alabó Barry, que hacía esfuerzos por no mirar el párpado de Lylah, monstruosamente hinchado—. Pero ¿y tú?

—Usaré una bolsa llena de hielo y me tumbaré en el suelo. ¡Espera! Es necesario conectar el tele-control, antes que cualquier otra cosa... Guíame hasta allí, por favor —pidió Lylah.

No se había quejado ni una sola vez, a pesar de que sufría un horrible dolor de cabeza.

Cuando el hielo enfrió sus brazos, Barry se dejó caer lentamente y se tumbó en el suelo, junto a Lylah.

Ella buscó a tientas su rostro y le colocó un cojín bajo la cabeza.

Barry cerró los ojos y, aproximándose a la mujer, la besó en los labios.

—Debieras odiarme, Lylah... Y, sin embargo, me amas —dijo, lleno de pesar.

—Eres como un niño. No se puede odiar y amar al mismo tiempo. Yo te amo y eso es lo que importa. No deseo nada más — confesó ella

— ¿No deseas vivir? —preguntó él, estupefacto.

—Sí, si tú estás conmigo. Si no estuvieras...

— ¡Calla! —la reconvino él, con falsa rudeza— Descansa, relájate. Eso te ayudará.

—No quiero descansar, no quiero perder un solo minuto de estos momentos, Barry. No quiero hacerme falsas ilusiones... Ambos lo sabemos: nos encontramos entre la vida y la muerte...

— ¡Pero yo quiero vivir! —gritó él, impetuosamente—. Quiero vivir para poder amarte.

Lylah sonrió con dulzura.

Aún no hemos muerto... ¿Hemos de perder la confianza?

—No lo sé —gruñó él—. No sé si llegaremos con vida a Boor.

—Hablemos de otras cosas —propuso ella, con el fin de distraer los sombríos pensamientos del hombre—. Dime, Barry, ¿cómo era Sally, cómo eran los niños?

Barry volvió a cerrar los ojos.

—Sally... —murmuró, reflexivo—. Era una mujer joven, sana, bella y valerosa... como tú.

—Pero su piel era blanca —dijo ella sin rencor.

— ¡No te burles de mí! —respondió él, simulando disgusto—. Por supuesto, tú eres distinta. Más animosa aún, más valiente y entera. Sally era muy alegre y amaba la vida sencilla y familiar.

Lylah le tocó el cuello con sus suaves dedos.

— ¿Sabes? —dijo—. Me gustaría tener una casita en las montañas, alejada de cualquier ciudad, de los ruidos, de las prisas. Tú y yo iríamos a pescar al riachuelo más cercano. Veríamos los últimos rayos del sol y luego volveríamos despacio a casa, donde nos calentaríamos en una buena chimenea, en la que ardería una lumbre de gruesos troncos de roble...

—Eso no es difícil —respondió Barry, preso de las palabras de Lylah, pero bruscamente volvió a la realidad—. Maldita sea, ¿por qué siempre nos acordamos tarde de lo que hubiéramos querido hacer cuando aún estábamos a tiempo?

—No te desespere, Barry —intentó apaciguarle ella—. Sigamos hablando... Dime, ¿cómo eran tus hijos?

Barry tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonaba más lenta, más perezosa.

—Pues... Lucy era muy guapa. Inquieta, vivaracha y cariñosa... Se subía siempre sobre mis rodillas, me achuchaba, me hacía sus mimos... y siempre conseguía que yo transigiera con sus caprichillos.

— ¿Y Jimmy?

—Era más serio y reservado, pero muy noble. Tenía un gran corazón que... le impulsaba a repartir sus juguetes y golosinas con todos sus amigos, Era capaz de recibir, imperturbable, un bofetón de un chico menos corpulento que él... pero dominaba fácilmente a los que le... superaban en edad y en estatura...

Lylah jugueteaba con los rebeldes cabellos del hombre.

— ¿Sabes? Me hubiera gustado conocerlos. Debían ser unos chiquillos encantadores, y yo amo tanto a los niños...

Siguió hablando con voz dulce y lenta, hasta comprobar que Barry no contestaba a sus preguntas.

— ¡Barry, Barry! —exclamó, alarmada—. ¿Te encuentras bien?

Se incorporó, le palpó, temerosa.

Un gemido brotó de sus labios... ¿era posible tanta soledad, tan extremada angustia?

—No debo pensarlo siquiera... Barry vive —murmuró.

Inclinó la cabeza y pegó su oído al pecho del hombre.

El miedo, el susto y la preocupación cedieron: Barry estaba vivo, aunque su corazón latía despacio, a poco más de cuarenta pulsaciones por minuto.

Se había dormido, rendido por el cansancio.

Lylah dudó entre despertarlo o permitirle dormir. ¿Cuál de las dos soluciones era la adecuada?

Volvió a tenderse. Con cuidado, desató las mangas de la chaqueta plástica de Barry y permitió que saliera el agua helada y los diminutos trozos de hielo casi licuados.

También Lylah sentía una profunda somnolencia, un imperioso deseo de abandonarse al sueño.

Pero no podía permitírselo: debía permanecer en vela, para atender al hombre que amaba.

El tiempo parecía haberse detenido. El crono-almanaque dejaba escuchar lentamente sus latidos.

Era el Ecuador de la Muerte, el equilibrio justo entre la supervivencia y el final.

Lylah dejó escapar ardientes lágrimas emocionadas.

Y luego sus labios se movieron torpemente para murmurar una oración.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

En sueños, Barry murmuraba palabras incoherentes, que Lylah no pudo entender.

CAPITULO XIV

Debatiéndose en su pesadilla, Barry se agitaba sudoroso, a pesar de que sus brazos estaban helados.

Soñaba que se deslizaba en solitario por el espacio sin fin. Se esforzaba en imprimir mayor velocidad a su cuerpo, ansioso por huir de las sombras y refugiarse en un punto remoto, lleno de luz y de esplendor.

Pero de pronto surgían ante él las siluetas amenazadoras de Louis Barrow, de Albert Marley, del doctor McLinn, de Gus Thomas y de Sharon Ganing, que se oponían a su paso como un ejército de fantasmas.

Oía sus gritos aterradores y trataba de cubrirse los oídos para no

escuchar. Pero era inútil.

— ¡No escaparás! —gritaba el fantasma de Marley, el homosexual—. ¡Te aplastaremos, te humillaremos, orgulloso Barry Brown!

También gritaba Louis Barrow.

— ¡Agarradle, agarradle! ¡Le enterraremos en las putrefactas ciénagas de Kaleenx!

Y el doctor McLinn alzaba los brazos como si quisiera impedir su paso, y exclamaba:

— ¡Has blasfemado, Barry! ¡El Espíritu del Mal flota muy cerca de ti...!

Gus Thomas clamaba sin cesar:

— ¡Asesino, asesino! ¿Qué le has hecho a Sharon, canalla?

También Sharon le perseguía, con su horrible cabeza calva, manchada de aquella podredumbre de color marrón oscuro.

— ¡No puedes sobrevivir, Barry Brown! ¡Tú también debes acompañarnos en este viaje sin destino!

Barry intentaba encontrar un resquicio, un agujero por donde escapar de aquel corro de espectros.

Tras los fantasmas estaba la luz. Y en la luz estaba Lylah, aguardándole ansiosa...

Finalmente dio un gran grito y despertó.

Quiso incorporarse y no pudo.

—Tranquilízate, Barry, por favor —suplicó Lylah a su lado. Y le acarició las mejillas.

Barry dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Lylah... ¡no puedo moverme! ni siquiera las piernas... Creo... creo que voy a morir muy pronto. No tengo... esperanza —exclamó con creciente torpeza en la pronunciación.

Pero Lylah juntó su cara a las mejillas de Brown, infundiéndole

un poco de ánimo.

—No es el fin todavía, amor mío. Ten confianza. Debes mirar el crono-almanaque... ¿Qué día es hoy?

—Seis... seis de julio —respondió Barry.

— ¿Te das cuenta? Apenas nos faltan doce horas para estar sobre Boor. Y allí está el doctor Parker y nuestra salvación —insistió ella.

Pero Barry negó tercamente.

—No... No... Sé que voy a morir. Mi cuerpo está totalmente paralizado y respiro con gran dificultad. Y ellos... están aguardándome ahí fuera.

— ¿Ellos? —preguntó Lylah, despavorida.

—Sí. Barrow, Marley, Sharon... ¡Todos! He visto sus espectros. Ellos no querrán renunciar a su presa —murmuró Barry, con un hilo de voz.

Lylah se puso tensa como un cable de acero.

— ¡Por piedad, Barry, no sigas desvariando! —suplicó—. Escucha, amor mío, por encima de los espectros, de las enfermedades y de la muerte, está Dios.

— ¿Dios? No le conozco.

—No seas blasfemo, Barry. Dios oírás tus súplicas, si te diriges a Él con fe y humildad. Reza conmigo, por favor —rogó Lylah, estremecida de espanto.

— ¿Para qué orar? Yo no creo en Dios.

—A pesar de ello. Puesto que vas a morir, necesitas liberar tu pecho y tu conciencia. Repite mis palabras, Barry —sollozó ella.

—Bien... Las repetiré —habló él con gran dificultad.

—Di: Dios mío, Padre Todopoderoso y Eterno...

—Dios mío... Padre Todopoderoso y Eterno —repitieron, trémulos, los labios de Barry Brown.

Luego perdió el conocimiento.

* * *

Desde luego, los labios de Lylah eran una delicia.

Tan tibios, tan carnosos, tan fragantes.

Y tenía ella unas formas concretas y rotundas, que él incluso podía palpar.

« ¿Qué clase de cielo o de infierno será éste? », pensó, entre cínico y curioso.

Desde luego, Lylah estaba bellísima. Sus pómulos parecían de terciopelo moreno y sus grandes ojos negros temían un brillo amoroso.

Cosa curiosa... Su párpado derecho no aparecía hinchado, ni siquiera tenía aquel repugnante color marrón oscuro.

¿Por qué...?

—Ah bueno —decidió, burlón—. Todos creen que al cielo se va sin ningún defecto físico.

¡Nunca lo hubiera creído! El, un ateo, un hombre descreído y alejado de lo divino... ¡había ido a parar al Cielo!

Pensaba con lógica, con la mente lúcida y clara. Por eso su siguiente reacción fue mover los brazos y estrechar más a Lylah.

—Puedo moverlos —se dijo, regocijado—. Ya no están hinchados, ni paralizados.

—Naturalmente —respondió Lylah—. El «Kalol» es prodigioso. Estás curado, Barry. Tendrán que realizar algunos trasplantes de tejidos en tus brazos, pero eso también lo había previsto el doctor Young.

Las facciones de Brown se contrajeron en una curiosa expresión.

— ¿«Kalol»? —murmuró—. ¿Es que estamos en Boor?

—Sí. El «Transpace-15» está ya cargado de uranio, después de que el doctor Parker lo esterilizara de arriba abajo. Pero no temas... No tendrás que pilotarlo.

—Ya me extrañaba a mí que un tipo como yo subiese al cielo —murmuró Barry.

— ¿Cómo... qué has dicho? —preguntó Lylah, confusa.

—Nada, pequeña. Dime, ¿quién va a pilotar el «Transpace-15»?

—Uno de los pilotos que vienen a bordo del «Transpace-16», ya en trayecto a Boor —respondió Lylah, risueña.

Por fin, Barry Brown se convenció de que estaba vivo.

Sus ojos brillaron de emoción. Alzó la mirada a lo alto y aseguró:

— ¿Sabes, Lylah? Empiezo a creer que Dios no es tan injusto.

—Eso significa algo también, Barry: ahora tienes fe, crees en Dios —respondió ella, gozosa.

También Barry sonrió.

—Bueno qué remedio... Después de la pesadilla que hemos vivido, me siento tan pequeño que necesariamente debo confiar en Dios.

Atrajo hacia sí a la mujer y hundió su rostro en el tibio cuello perfumado.

Y así permaneció hasta que ella susurró:

— ¿Me amas, Barry? ¿O sólo era un espejismo?

Brown deslizó un dedo por la piel del brazo femenino.

—Tu piel es oscura, pero Barry Brown no es hombre que pueda cambiar de sentimientos fácilmente, pequeña bruja... Me has cazado y tú lo sabes. Te pertenezco hasta el último día de mi vida —confesó, ruborizado.

Ella se refugió en sus brazos.

Y susurró:

—No me has defraudado, amor mío, aunque por un momento llegué a temer que no pudieses arrojar los prejuicios raciales lejos de ti... ahora que hemos vuelto a "la vida.

—Eres una desconfiada... Pero dime, ¿puedo levantarme?

—Sólo un par de días de cama más y podrás hacerlo. El doctor Parker vendrá a visitarte dentro de un momento.

—Prefiero que sigas visitándome tú —respondió él.

—No seas loco. Tenemos toda una vida por delante —protestó ella.

Pero Barry la apresó entre sus brazos y la besó locamente en los labios hasta que alguien tosió discretamente en la puerta.

Era el doctor Parker.

Richard Alexander Bradley les recibió en la central de Gimbell, California.

—Debo presentarle mi renuncia, señor. No piense que lo hago porque he perdido el valor. Tengo otras razones poderosas para renunciar a mi empleo —dijo Brown con voz insegura.

Bradley sonrió con fina ironía.

—Jamás dudé de su valor, capitán Brown. En cuanto a sus razones para dejar de volar a Boor, las comprendo perfectamente —respondió, dirigiendo una admirativa mirada a la señora Brown.

La entrevista fue breve y cordial. Tras desearle toda suerte de felicidades, el señor Bradley les acompañó hasta la puerta de su despacho.

—Feliz viaje —deseó, por último.

Los Brown abandonaron Gimbell inmediatamente. Se dirigían al norte, al estado de Oregón, donde Barry Brown había comprado un vallecito escondido entre las montañas.

Iban a habitar su casa de campo, aislada de los ruidos de las ciudades, de la prisa y de todo lo que no fuera paz y amor.

Naturalmente tendrían que comprar un par de cañas de pescar...

FIN